

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**COMLOT
ESCALOFRIANTE**

**Lou
Carrigan**



Amos Holden hizo un gesto de resignación, y tomó el auricular. Ni siendo tonto a tope habría dejado de darse cuenta y saber que la llamada telefónica era para él.

Por varios motivos. A saber: a) estaban en su apartamento y en su cama: b) nadie podía tener ni idea de que la preciosísima vecinita llamada Florrie estaba con él en su cama, ambos desnudos, relajándose después de haber hecho dos veces el amor aquella tarde, por lo que no era en absoluto probable que la llamaran allí; c) aunque hubieran estado en la mismísima Luna, si sólo dos personas ocupaban la habitación en cuestión y una de ellas atendía el teléfono y decía que sí, que de parte de quién, era que no conocía a quien llamaba, pero si a quien debía recibir la llamada...



Lou Carrigan

Complot escalofriante

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1753

ePub r1.0

Lds 09.03.19

Título original: *Complot escalofriante*

Lou Carrigan, 1984

Cubierta: Desilo

ePub modelo

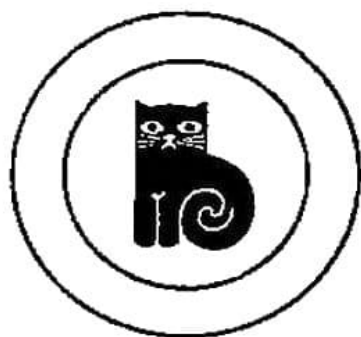
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

—¿De parte de quién?

—¡...!

—Sí, sí, es aquí. Por eso le pregunto de parte de quién. Usted me dice quién es yo le paso el teléfono a Amos y le digo...

—¡...!

—Bueno, bueno, tranquilo. Sulfurarse es malo para la salud —la encantadora Florrie tendió el teléfono a Amos Holden, diciendo—: Es para ti, amor.

Amos Holden hizo un gesto de resignación, y tomó el auricular. Ni siendo tonto a tope habría dejado de darse cuenta y saber que la llamada telefónica era para él.

Por varios motivos. A saber: a) estaban en su apartamento y en su cama: b) nadie podía tener ni idea de que la preciosísima vecinita llamada Florrie estaba con él en su cama, ambos desnudos, relajándose después de haber hecho dos veces el amor aquella tarde, por lo que no era en absoluto probable que la llamaran allí; c) aunque hubieran estado en la mismísima Luna, si sólo dos personas ocupaban la habitación en cuestión y una de ellas atendía el teléfono y decía que sí, que de parte de quién, era que no conocía a quien llamaba, pero sí a quien debía recibir la llamada...

Bueno, y así otros mil motivos deductorios, a cuál más simple, o a cuál más complicado, según se tuvieran o no se tuvieran ganas de complicarse la vida y la espléndida tarde que estaba pasando con la cachonda vecina.

Vamos, cachonda era poco. La señorita... señorita...

De repente, atónito, Amos Holden cayó en la cuenta de que ni siquiera conocía el apellido de Florrie. Sabía que se llamaba Florrie, o sea, Florence, o si prefiere Flo, o cualquier otro diminutivo

cariñoso, pero nada más. La muchacha había aparecido en el edificio hacía un par de meses, instalándose en uno de los apartamentos del piso de encima al que ocupaba Amos, eso era todo. Habían coincidido varias veces en el ascensor, y se habían limitado a los mínimos saludos de cortesía entre vecinos. Ni siquiera habían hecho comentarios sobre el tiempo.

Hasta que de repente, aquella tarde...

—Pero, amorcito, despierta —le sacudió graciosamente Florrie.

Amos Holden la miró, parpadeó, reparó en que tenía el auricular del teléfono en la mano, respingó, y lo llevó rápidamente a una de sus orejotas estilo Clark Gable.

—¡Diga! —exclamó.

—¿...?

—Por supuesto, soy yo. Y usted —se mostró sorprendido en verdad— es el doctor Gannet, ¿no es cierto?

—¿...?

Amos miró de reojo a Florrie, que lo contemplaba risueña y como maravillada.

—No se preocupe. Es una amiga...

—Y desde esta tarde su amante —dijo Florrie, acercando su hermosísima boca al teléfono.

—Vamos, Florrie, no seas incordio —gruñó Amos.

—¿Qué hago mientras tú telefoneas? —protestó ella.

—Ve dándome besitos donde te venga de gusto.

—¡Buena idea! —exclamó gozosamente Florrie la Bella.

Porque era bellísima de verdad. Medía metro setenta y cinco, era rubia, rubia, rubia, rubia..., y tenía un cuerpo superespléndido, mas no en plan jamona vieja, sino en sirena joven, esbelta, flexible y delgadita, y con unas formas de pecho, caderas y piernas de matar hombres de amor. Su rostro era una delicia de picardía, su boca un festín de besos, y por si todo esto era poco, además de tener unos preciosos ojos color miel era inteligente y simpática.

¿Y cómo había llegado a la cama de Amos Holden?

Pues verán...

Amos volvió a respingar, regresando de su encantamiento y recordando al doctor Gannet, que tenía al teléfono. También respingó porque Florrie había comenzado a darle besitos en el vientre, y eso, en realidad, casi lo hizo saltar de la cama. —Es una

amiga— dijo—. ¡Una amiga!

—¿...?

—Por supuesto que le escucho. Diga, diga.

—...

La expresión de Amos Holden cambió a gran velocidad. De repente, se sentó mejor en la cama, dejando el rostro de Florrie soltando besos más abajo del vientre. La alteración fue visible en el rostro de Amos.

—Espere un momento —masculló—. ¿De qué me está hablando?

—¡...!

—Sí, entiendo eso del complot. Quiero decir que conozco la palabra. Pero, mire, doctor Gannet, usted debería saber que hace tres meses y pico que dejé el servicio, de modo que todas esas cuestiones... —¡...!

—No tengo inconveniente en escucharle. La pregunta previa es: ¿está usted enterado de que dejé ese empleo?

—...

—De acuerdo. Pues entonces por mí puede hablar todo cuanto guste.

—¡...!

—¿Por teléfono no? —Se pasmó Amos—. Bueno, es usted quien me ha llamado, ¿no es cierto? Así que si no me lo dice por teléfono...

—¡...!

—Ah, una carta. Francamente, me está usted desconcertando hasta el punto de que no sé qué decir. ¡Florrie, no hagas eso *ahora*! —Amos agarró a Florrie por la cintura con el brazo libre, y la manejó con toda facilidad, sentándola ante él entre sus piernas, de modo que pudo darle un beso en la nuca mientras acariciaba sus bellísimos pechos, lo cual arrancó un grito de complacencia en la muchacha—. Escuche, doctor Gannet, en realidad todas esas cuestiones han dejado de interesarme. Bueno, no es que no me interese la política en sí, sino la clase de relaciones que durante los años pasados me ha proporcionado... ¿Doctor Gannet? ¿Me está oyendo?

No hubo respuesta. Amos había percibido un silencio que no era el normal en un auricular contactado con otro, por silenciosa que estuviera la persona comunicante. Era un silencio de silencio total,

él se entendía.

—¿Doctor Gannet?

Silencio.

Amos puso el auricular ante el rostro de Florrie, y dijo:

—Ponlo en su sitio.

La muchacha obedeció, retorciendo su flexible cuerpo hacia el lado de la cama donde, sobre la mesita de noche, estaba el soporte telefónico. Amos aprovechó para besarle la espalda. Una cosa tenía que reconocer: quizá Florrie fuese una golfita, pero era la nena más sugestiva, simpática, calientacamás y orgásmica que había conocido en su vida. Se encendía más fácilmente que un mechero.

Como en aquel momento. Ella le había dado unos besitos, él le había hecho unas caricias, le había besado la espalda... ¡y, hala, como si tal cosa, de nuevo a la carga! Amos se encontró primero como envuelto en la fragante cabellera rubia, luego con su boca llena de boca dulce y generosa, su corpachón de atleta en desuso pegado al palpitante cuerpo femenino... ¡Caray, ella quería otro, era así de simple!

Aquella criatura era el no va más. ¿Cómo había llegado Florrie a la cama de Amos Holden? Pues muy sencillo. Aquella tarde, hacia las cuatro, cuando él regresó de la biblioteca, se la había vuelto a encontrar en el vestíbulo del edificio, y ella, al verlo, había abierto mucho los ojos y había exclamado:

—¡Usted es la persona que yo estaba esperando, señor Holden!

—¿Sí? —Había sonreído él, expectante y alerta—. ¿Realmente puedo servirla en algo, señorita... señorita...?

—Florrie, ya sabe.

—Sí. Florrie. Pero...

—Tenga, ayúdeme con los paquetes. No le molesta, ¿verdad?

—No, no. En absoluto.

Los paquetes contenían provisiones. El olfato de Amos le indicó que Florrie había comprado comida hecha, y de la buena, de la bien cocinada. Seguramente en

«Dinger's».

También divisó dos botellas de champán, una de *whisky*, frutas selectas... ¡Caramba, la señorita Florrie sabía vivir! Y además, claro, debía tener algún invitado, porque con todo aquello una persona podía reventar comiendo o morirse de una borrachera fenomenal...

—Parece que tiene usted invitados— había dicho Amos, por decir algo.

—Sí: uno.

—Ah... ¡Ah!

—¿Qué significa tanto ¡ah!? —Frunció ella el ceño.

—Nada... Nada importante, por supuesto.

—Ya lo creo que sí —se impacientó ella—. Usted ha comprendido perfectamente que si tengo un invitado tiene que ser un hombre, no una amiga, un obispo o una ardilla, pongamos por caso.

—Bueno...

—¿Tiene usted algo que oponer, señor Holden?

—Pues... no —tuvo que admitir Amos—. Usted es libre de hacer lo que guste, señorita... señorita... Bueno, es libre, eso es. De modo que no puedo tener nada que oponer. En todo caso —añadió, muy galante—, lo único que puedo hacer es sentir envidia.

—¿De quién?

—De su invitado, claro.

—¡Qué tontería! ¿Cómo puede sentir envidia de sí mismo?

En ese momento se produjo un cortocircuito en la mente del muy inteligente, astuto y profesionalmente retorcido Amos Holden. La frase, el concepto, no estuvo claro para él hasta transcurridos un par de segundos. Para entonces, el ascensor ya se había detenido en su piso, ya que ése era el botón que él había pulsado, por la fuerza de la costumbre.

—¿Qué quiere decir? —murmuró.

—Que me gustas a morir, grandullón —había replicado ella—. Bueno, si prefieres que lo hagamos en tu apartamento por mí no hay problema.

—Hacer... ¿qué? —exclamó Amos, saliendo tras ella del ascensor, ambos cargados de paquetes fragantes y apetitosos.

—¿Te lo explico con detalles o sólo en su base? —interrogó ella a su vez.

—Bueno, primero en su base, y ya veremos si luego Vale la pena entrar en detalles. Hacer... ¿qué?

—El amor. Quiero hacer el amor contigo hasta morir. ¡Y no me rechaces porque armo aquí mismo un escándalo que cuando vayas a darte cuenta ya estás metido entre rejas en la comisaría! ¿Dónde

tienes la llave del apartamento?

—Pu-pues en... en el bolsillo.

Ella metió la mano en el bolsillo izquierdo del pantalón, le hizo la primera broma, y se echó a reír cuando él, con los ojos desorbitados, aulló:

—¡En ése no!

—¡Ya lo sé, tonto! Anda, dame esos paquetes y abre tú... Tampoco es necesario que se enteren todos de que nos hacemos amantes, ¿verdad?

Y ahora, simplemente, estaba haciendo el amor con Florrie por tercera vez en menos de hora y media. Sí señor, estaba teniendo una mujer por la que cualquier sujeto normal habría dado un brazo. Y ella, justamente en aquel instante, comenzaba a emitir aquel gemidito prolongado y sostenido que a Amos le había parecido la primera vez que era algo así como una lejana y dulcísima música de violines. Una musiquita que duraba unos segundos, tal vez diez o quince. Luego, cesaba la música, el volcán estallaba, y por unos segundos el señor Holden no tenía ni idea de quién era ni dónde estaba. Pero eso sí: dondequiera que estuviese valía la pena estar.

—Dios mío —susurró Florrie—... ¡Qué manera tan desafortada de gozar! ¡Amos, casémonos!

Amos giró en la cama, suspiró, y, verdaderamente complacido y satisfecho en medida no menor a Florrie, dijo:

—De eso ni hablar.

—¿Por qué?

—Caramba, Florrie, sé razonable. Hace unas pocas semanas que te conozco, y de repente esta tarde te viene de gusto meterte en mi cama...

—¿Te parece mal? ¿Y te parece mal que haya decidido casarme contigo después de convencerme de que valía la pena enamorarse de ti?

—Bueno, mira...

—¿Acaso no te gusto?

—Ah, sí, caray. ¡Vaya que sí!

—¿No soy joven, bonita, encantadora, simpática, buena compañera de cama, bienhumorada y complaciente? Y otra cosa, amiguito: no soy ninguna palurda, para que te enteres.

—No he dicho eso —refunfuñó Amos—. Sé distinguir a las

personas, y diferenciar a los palurdos de los marchosos como tú. Además, para vivir en este edificio tienes que ganar bastante dinero y tener un mínimo de estilo... Así que creo tenerte bien catalogada.

—Pero no sabes a qué me dedico.

—Tampoco sabes tú a qué me dedico yo.

—Que sí. Yo te he investigado, ¿sabes? Contraté un detective privado para ello.

—¿Qué? —Se pasmó y se cabreó al mismo tiempo Amos Holden.

—Tampoco iba a entregarme alegremente a un sujeto que por muy guapo, inteligente y educado que pareciese podía ser un gángster, digo yo.

—¡Me estás tomando el pelo!

—Claro que no. ¿Quieres que cenemos ya o antes lo hacemos otra vez?

—¿El qué?

—¡El amor, tonto! —rió Florrie, abrazándose a él y besándolo en la boca.

Amos Holden sintió de nuevo aquel cuerpo de seda palpitante la boca que era un festín..., todo eso. Sus manos acariciaron el contorno turgente de los senos de Florrie, sus caderas... Cuando deslizó una mano por la espalda de ella, Florrie emitió un resoplido, se apartó vivamente, y gritó:

—¿No hagas eso?, ¡que me vuelves loca!

—Será mejor que cenemos —farfulló Amos.

—¡Estupendo! —rió ella—. ¡Ya tenía hambre!

Salió de la cama, convirtiéndose en una delicia visual. Salió disparada hacia la cocina tras meter los pies en unas zapatillas viejas de Amos, y éste, entre atónito, maravillado y desconfiado, se quedó en la cama, reflexionando. ¡Qué cosas pasan en la vida...!

Y hablando de cosas raras: ¿Qué mosca le habría picado al doctor Gannet?

Ahora, sin la turbadora presencia de Florrie. Amos trató con más lucidez el asunto. Veamos, hacía más de tres meses que él había dejado el servicio como consejero político auxiliar del presidente de los Estados Unidos... Es decir, no lo había dejado, sino que se había encontrado de repente, sin saber cómo, con unas palmadas en la espalda y de patitas en la calle. Por más que había pensado en eso no había identificado el error que había cometido para merecer el

despido. Pero bueno, muy bien: él tenía dinero propio, y el problema era inexistente en cuanto a supervivencia. Por el contrario hacía tiempo que tenía algunas ideas que...

Eso era otra cosa.

El doctor Gannet. Muy bien, el doctor Gannet le había llamado a su apartamento. El doctor Cecil Gannet era médico personal del presidente de los Estados Unidos. Se habían visto con alguna frecuencia en los pasillos de la Casa Blanca, limitándose a unos breves saludos. Y ahora, el doctor Gannet lo llamaba a su apartamento y le hablaba de un complot.

Un complot.

¿Qué clase de complot, contra qué, contra quién? ¿Contra el presidente de los Estados Unidos, tal vez?

La preocupación comenzó a manifestarse en Amos Holden en forma de tensiones en el estómago. Maldita sea, estaba harto de aquellas sensaciones, de aquellas tensiones abdominales que era un milagro no hubiesen terminado manifestándose como úlceras grandes como cocos. ¿Podía el doctor Gannet llegar a tener conocimiento de algún complot contra el presidente? Bueno, podía ser, desde luego. Y si así era... ¿lo iba a llamar a él, a Amos Holden, el consejero auxiliar despedido meses atrás? Sencillamente absurdo. Bueno, quizá sí, quizá el doctor Gannet había sabido de alguna cosilla preocupante, pero nada que...

Florrie apareció en la puerta del dormitorio, con una botella de champán en una mano y dos copas en la otra. Estaba deslumbrante.

—Me siento más hermosa que nunca —dijo la muchacha—. ¿Y sabes a qué es debido?

—¿A qué?

—A haber hecho el amor tanto y tan bien. ¡Te amaré toda la vida, Amos, cariño mío!

—¿Vas a insistir en lo de casamos?

—Soy demasiado inteligente y astuta para seguir presionando cuando no es el momento —sonrió ella, caminando hacia la cama, con un movimiento corporal sencillamente maravilloso—. ¿A que no sabes cuál es el colmo de la lujuria?

—Ese tema ya me parece más aceptable —asintió Amos—. No, no lo sé. ¿Cuál es el colmo de la lujuria?

—Dos espermatozoides echando un polvo.

Amos Holden quedó estupefacto. Acto seguido, explosivamente, soltó una carcajada como no recordaba desde sus más alegres y estimulantes tiempos estudiantiles.

El doctor Gannet no quedó olvidado, pero sí colocado en un lugar de la mente que sería atendido en otro momento. A fin de cuentas, el señor Holden ya no tenía nada que ver con la Casa Blanca. Le habían echado, ¿no?

Pues que no molestasen.

CAPÍTULO II

Amos Holden no sólo tenía unas grandes orejotas a estilo Clark Gable, sino muy buena vista. Una excelente vista, realmente.

Y su vista le estaba aportando detalles más que suficientes para que se comportase con cierta cautela.

Por ejemplo, él había ido a visitar al doctor Cecil Gannet a su domicilio, un agradable chalé en las afueras de Washington, concretamente en Riverdale, hacia las once de la mañana, una hora en la que solía haber una infinita calma en las zonas residenciales como en la que el doctor Gannet tenía su casa. Y no era así, no había calma allí. Por lo menos, no había calma en tomo a la casa del doctor Gannet, a al menos, así informaron los ojos de Amos Holden al cerebro de Amos Holden.

Las cosas se estaban haciendo con gran discreción, eso sí; pero había detalles que nunca podrían engañar a Amos. Dos coches estacionados un poco más arriba de la casa; dos hombres, uno cerca de la casa y otro en la acera de enfrente, como esperando a alguien; la ausencia total de Policía...

Casi siempre había un coche patrulla recorriendo las zonas como aquélla. Y no había ninguno allí, así que esto era desconcertante y hasta no poco preocupante.

Amos encendió un cigarrillo, sin perder de vista el chalé del doctor Gannet, y se dedicó a fumar, simplemente. Tenía el pálpito de que había alguien dentro de la casa del doctor Gannet; alguien ajeno al doctor Gannet, se entiende; y no una persona, sino varias.

—¿Qué hago? —se preguntó.

Su impulso básico era apearse e ir a la casa, pero algo le retenía sentado en su coche.

Muy poco después, apenas dos minutos, se felicitó a sí mismo

por haber permanecido en su coche: apareció silenciosamente una furgoneta, que fue a detenerse en el jardincillo delantero de la casa del doctor Gannet, ante la misma casa, con la parte posterior hacia la puerta. La impresión que se obtenía en el acto era que en la camioneta se iba a cargar algo procedente de la casa; o, al revés, que algo muy pesado tal vez, tenía que ser descargado de la camioneta e introducido en la casa.

Fue lo primero. Y se hizo con gran rapidez y decisión: dos hombres saltaron de la parte de atrás de la camioneta, entraron en la casa, y ni siquiera un minuto más tarde regresaban portando la gran cesta que contenía algo evidentemente pesado, la metieron en la camioneta, subieron ellos de nuevo, y la camioneta partió.

Por un instante, Amos Holden estuvo tentado de seguir a la camioneta, pero tuvo el buen juicio de desistir, y la certeza de que si lo hubiera hecho habría sido seguido él a su vez. No tenía ni idea de lo que había ocurrido allí, pero, fuese lo que fuese, él no quería complicarse en ello. Así que todo lo que hizo fue mirar la matrícula de la camioneta en cuestión, tomar nota mentalmente de ella, y luego terminar apaciblemente el cigarrillo.

No salía nadie de la casa. El sujeto de la acera de enfrente estaba mirando ahora abiertamente hacia el coche de Amos. Éste miró al hombre que había frente a la casa, y se percató de que también le estaba mirando. No le gustó en absoluto la cosa. Ni le gustó la idea de que, hiciera él lo que hiciera en aquel momento, la matrícula de su coche también había sido anotada, y de un modo u otro sería investigado o molestado.

Esto le hizo sonreír torcidamente. Tenía gracia la cosa, vamos.

—Al demonio con todos vosotros —masculló.

Puso el motor en marcha, dio la vuelta al coche, y comenzó a alejarse, por supuesto mirando hacia atrás por el retrovisor. Sonrió de nuevo al ver al sujeto de la acera de enfrente corriendo hacia uno de los automóviles estacionados un poco más arriba.

—Desde luego ha ocurrido algo serio para que intervenga la CIA —dijo en voz alta—. ¡Porque esos tipos son de la CIA, me la juego!

Conocía el paño; conocía el personal. ¡Vaya si conocía el paño! No es que hubiera estado mucho tiempo trabajando en la Casa Blanca, pero ésta era el mejor lugar para que un sujeto inteligente como él aprendiera a conocer mucha fauna interesante. Y la CIA,

formaba parte de la fauna visitadora o presente en la residencia presidencial.

—Pues no me da la gana —refunfuñó.

Lo que no le daba la gana era que lo siguiera la CIA, de modo que, sin pensárselo ni un segundo, metió el coche en el jardín de otra de las hermosas casas de la zona residencial, tras doblar una de las manzanas ajardinadas, es decir, tras quedar fuera del alcance visual de los sujetos. Ya el coche en el jardín, lo sacó del sendero, pasó hacia la parte de atrás de la casa rozando ésta con el coche, y lo detuvo al otro lado. Apagó el motor, volvió la cabeza, y vio pasar por la avenida el coche conducido por el sujeto en cuestión.

—Adiós, tío listo —sonrió Amos Holden.

Esperó unos segundos, dio marcha atrás, y regresó hacia la fachada de la casa. En el porche de ésta vio a una mujer de unos treinta años, más bien bonita y apetecible, que lo miraba entre preocupada y hostil.

—Lo siento —dijo Amos por la ventanilla—: me he equivocado de casa.

La mujer podía creerlo o no, pero ése era su propio dilema. El suyo era el de marcharse de allí sin ser perseguido por la CIA. Claro que nada más contando con la matrícula de su coche la CIA lo iba a localizar rápidamente, pero de momento se libraba de ellos, que no era poco.

Hora y pico más tarde Amos Holden estaba almorzando en solitario en un pequeño parador de carretera cerca de Prince Frederick, adonde había llegado siguiendo una ruta incierta, tomada más que nada para despistar a cualquier otro posible perseguidor, cosa que estaba seguro de haber conseguido.

La cuestión era: ¿qué hacía? Porque una cosa era no querer complicarse la vida y otra cosa era hacer el tonto. Y si hacía el tonto se complicaría la vida. Es decir, si se dedicaba a eludir el contacto que sin duda la CIA buscaría con él partiendo de la matrícula de su coche era cuando se le iban a complicar las cosas. Sabía que la CIA lo encontraría tarde o temprano, y cuanto más se hubiera esforzado él en darles esquinazo peor. Además, ¿por qué demonios tenía que huir de la CIA?

Cuando salió del parador tras almorzar todavía no había decidido qué iba a hacer. Se metió en su coche, partió..., y en

seguida se dio cuenta de que uno de los coches allí estacionados partía tras él.

—Ésta sí que es buena —farfulló.

Condujo moderadamente por espacio de una milla, reflexionando todavía sobre el tema, y dirigiendo frecuentes miradas al coche que lo seguía. De repente tomó su decisión. Sacó el coche de la carretera, estacionándolo en una pequeña explanada con fondo de pinos, paró el motor, retiró las llaves, y se apeó, acercándose al otro coche, que se había detenido a unos cuarenta metros detrás, igualmente junto a los pinos.

El reflejo del sol impedía a Amos ver quién había al volante, pero eso le tenía sin cuidado. Sabía de qué iba el asunto, eso era todo. De modo que, tal como llegó junto al coche, y sin más encomendarse a la buena o mala suerte de su estrella, metió la cabeza por la ventanilla del conductor, abriendo la boca para decir algo...

Se encontró con la punta de la pequeña pistola metida en la boca. Detrás de la pistola, la mano femenina. Tras la mano y por encima, un par de ojos enormes, verdes, refulgentes, como envueltos en una llamarada gigantesca.

—Tal como está —dijo la pelirroja— ponga las manos sobre la cabeza, y luego, muy despacio, retroceda. Sin discusiones. Vamos, haga lo que le digo.

Aunque no hubiera sido un hombre inteligente Amos Holden habría comprendido igualmente que la pelirroja no era una charlatana. La cuestión era muy simple: o hacia lo que ella le decía o iba a tener un disgusto. Y de los serios.

De modo que con inteligente prudencia Amos colocó las manos sobre su cabeza, entrelazando los dedos, y luego retrocedió, mientras se erguía. La pelirroja abrió la portezuela del coche con un gesto rápido y hábil que le permitió dejar de apuntar con su pistolita a Amos apenas una milésima de segundo. Acto seguido, dejando en las pupilas de Amos la relampagueante visión de unas piernas bronceadas y absolutamente magníficas, salió del coche.

Era hermosísima, y tenía un cuerpo espléndido, turgente, felino. Vestía con sencilla elegancia, y todos y cada uno de los detalles de su persona o indumentaria eran de primera calidad; de primerísima calidad. Debía medir no menos de metro setenta y cinco...

—Dé la vuelta de modo que quede de espaldas a mí —dijo la pelirroja—, y acto seguido, muy despacio, quítese la chaqueta.

—Tendré frío —masculló Amos.

—Si usted tiene frío en este hermoso día de otoño merece tenerlo. Quítese la chaqueta, déjela caer y camine cuatro o cinco pasos alejándose de ella, siempre permaneciendo de espaldas a mí.

—Escuche, la CIA no puede tratarme así. Conforme en que mi actitud ha sido bastante rara, pero puedo explicarla. Y si le digo quién soy me dejarán en paz.

—Haga lo que le he dicho.

Amos se quitó la chaqueta, la dejó caer, y caminó cinco pasos. No tenía necesidad de volverse para saber lo que estaba haciendo la pelirroja: se estaba enterando de quién era examinando su documentación, y al mismo tiempo se aseguraba, viéndolo ahora en mangas de camisa y chaleco, de que no llevaba armas. La maldita CIA desconfiaba hasta de un jilguero...

—¿Periodista? —Oyó la sorprendida voz de la pelirroja—. ¿Es usted periodista, señor Holden?

—Sí, pero no ejerzo.

—¿No ejerce? ¿Qué quiere decir con eso? Vuélvase, vuélvase —autorizó.

Amos se volvió. En efecto, su billetera estaba en manos de la pelirroja: la chaqueta estaba en el suelo, así que la recogió y se la puso, tras sacudirla con irritación manifiesta.

—Quiero decir —dijo— que no me dedico a escribir hace unos cuantos años.

—¿A qué se dedica, entonces?

—Bueno, ahora estoy escribiendo una novela de política-ficción.

—Entonces sí se dedica a escribir —casi sonrió la pelirroja.

—Pero no periodismo. La ventaja de ser periodista es que uno aprende a escribir con cierta soltura y corrección, y luego puede dedicarse a lo que quiera dentro del asunto: novela, biografías, historia, cuentos, poesía, ensayos...

—Me parece que no estoy muy de acuerdo con usted —frunció el ceño la pelirroja, pero sonriendo al mismo tiempo—: no es lo mismo escribir una novela que un ensayo, ni se escribe igual una poesía que un acontecimiento histórico. Pero vamos a dejar eso y hablemos de actualidades interesantes: ¿qué fue a hacer usted a la

casa del doctor Gannet?

—No creo haber estado en la casa del doctor Gannet.

—Señor Holden: conmigo puede tener las cosas fáciles o difíciles, a su gusto. Pero en cualquiera de los dos casos lo que no me gusta es perder el tiempo. ¿Qué fue a hacer allí?

—¿Es usted de la CIA? —Gruñó Amos.

—Naturalmente.

—Creí que los había despistado.

—¿Es usted un espía, señor Holden?

—¡Claro que no!

—Entonces no se sorprenda de las cosas que sabemos hacer los espías. Ustedes, la gente normal, sólo ve lo que nosotros queremos que vean. Y no se caliente más la cabeza. ¿De acuerdo?

—Está bien. ¿Qué ha pasado allá? En la casa del doctor Gannet, quiero decir.

—¿Usted no lo sabe?

—Si lo supiera no se lo preguntaría.

—Claro. Pero antes que nada dígame qué fue a hacer usted allí. Y por favor, no le demos más vueltas a la conversación: para nosotros es evidente que usted iba a visitar la casa del doctor Gannet. ¿Cierto?

—Si, es cierto —admitió de mala gana Amos.

—Muy bien. ¿Objeto de la visita?

—Bueno, digamos... que esta mañana, pensando en lo sucedido anoche, he ido preocupándome, y finalmente he decidido venir a ver a Gannet. Anoche estaba..., ocupado, y tal vez no atendí el asunto como requería.

—¿Le parecería a usted bien que empezásemos por el principio? —sugirió la pelirroja. Amos asintió, y ella señaló su coche, cuyos asientos delanteros ocuparon ambos. La pelirroja sacó un paquete de cigarrillos de su bolso, tiró de uno de ellos, y en el acto en el paquete sonó una voz masculina:

—¿Sí?

—Tengo al sujeto. Se llama Amos Holden, dice ser periodista aunque actualmente no ejerza, y parece que nos vamos a entender bien, pues ha decidido sincerarse con la CIA.

Llamaré cuando aclare las cosas con él.

—De acuerdo.

—Hasta luego —la pelirroja guardó la radio, sacó un auténtico paquete de cigarrillos, y ofreció a Amos—... ¿Qué pasó anoche, señor Holden?

—Yo estaba en mi apartamento cuando me llamó el doctor Gannet. —¿A qué hora?

—Serían alrededor de las seis. Oiga —la revelación fue súbita para Amos Holden, al aparecer en su mente la imagen de la gran cesta pesada que había sido cargada en la camioneta—, ¿qué ha ocurrido? ¿Ha muerto el doctor Gannet?

—Así es —dijo la pelirroja mirándolo fijamente a través del humo de los cigarrillos de ambos.

—Pero... ¿ha muerto? ¿Cómo que ha muerto? ¡Anoche estaba bien, o al menos...! ¿De qué ha muerto?

—De unos cuantos balazos. Lo mataron anoche, señor Holden.

—¿Y se lo han llevado en una cesta? —exclamó Amos.

—La CIA está procurando hacer las cosas del modo más discreto posible. ¿Qué le dijo anoche el doctor Gannet?

—Espere, espere un momento... ¿Quién lo ha matado, por qué?

—Le diré lo que sabe la CIA hasta el momento: esta mañana le tocaba venir a limpiar la casa a la asistenta que tiene contratada, y en la que confiaba hasta el punto de que le había entregado una llave. Bien, la mujer llegó a las ocho de la mañana, entró en la casa, encontró muerto al doctor Gannet en su despacho, y llamó a la Policía. Pero no desde la casa, sino desde una cabina situada a unos ciento cincuenta metros; ello porque el hilo telefónico estaba cortado fuera de la casa. La Policía pasó aviso a la computadora central, y ésta envió el dato a la terminal de la CIA y otros organismos de..., seguridad. Naturalmente, en cuanto se supo que uno de los médicos personales del señor presidente había sido muerto a balazos la CIA se movilizó. ¿Me ha comprendido?

—Por supuesto. ¿Saben quién lo ha matado?

—No. Ni tampoco los motivos. Tal vez usted pueda ayudarnos a rastrear algo con su informe. ¿Qué le dijo el doctor Gannet anoche?

—La verdad es que no pudo llegar a decirme nada —murmuró Amos, bajando la mirada hacia sus rodillas—. Precisamente, la comunicación se cortó, de modo que todo lo que supe fue que él quería decirme algo.

La pelirroja, que miraba fijamente a Amos, preguntó:

—¿No se interesó usted por lo que el doctor Gannet quería decirle?

—Bueno, la verdad es que estaba muy ocupado, así que..., olvidé la llamada. Y esta mañana, al recordarla, he querido hablar con Gannet, de modo que lo he llamado a su consultorio de la ciudad. Me han dicho que no había llegado todavía, y que estaban llamándolo a su casa, pero que el teléfono no contestaba. Entonces he llamado yo, y al no recibir respuesta a mi vez he decidido ir a verlo personalmente.

—¿Usted no ha barruntado nada especial?

—No.

—¿Ni siquiera teniendo en cuenta lo que le dijo anoche el doctor Gannet?

—Ya le he dicho que no me dijo nada. La comunicación se cortó cuando apenas había comenzado él a hablar.

—Pero algo le diría, ¿no?

—Se identificó y se aseguró de que estaba hablando conmigo.

—¿No le produjo a usted inquietud o curiosidad esa llamada?

—Ya le he dicho que estaba muy ocupado.

—¿Haciendo qué?

—Bueno..., estaba trabajando en mi novela de política-ficción, en un pasaje muy absorbente, pues tenía que tomar muchos datos históricos... La verdad es que esta noche apenas he dormido.

—Eso lo creo perfectamente, pues tiene usted mala cara. Sí, parece muy fatigado.

—Son cosas que pasan —encogió los hombros Amos.

—Sí, son cosas que pasan. En definitiva, que no puede usted aportar información útil.

—Lo siento. Y a todo esto ¿quién es usted?

—Ya se lo he dicho: una agente de la CIA —sonrió ella.

—Pero tendrá un nombre, ¿no? —Gruñó Amos.

—Llámeme New York —rió ella—, será suficiente. Vamos a ver, señor Holden, usted dice que no sabe qué quería decirle el doctor Gannet, pero... ¿ni siquiera saber por qué lo llamó a usted? Quiero decir ¿tenían algunos asuntos comunes, eran amigos personales, colaboraban en algo...?

—Cuando ustedes investiguen mi nombre a fondo descubrirán que he estado un tiempo trabajando como consejero político

auxiliar del señor presidente, en la Casa Blanca. La agente New York entornó los párpados, y escrutó con simpático gesto al orejado, alto, musculoso, apuesto y atractivo Amos Holden.

—¿No es usted muy joven para un cargo semejante? —murmuró.

—Era consejero *auxiliar*. Y no creo que ser joven implique no entender de tal o cual cosa, señorita New York. En cualquier caso, si usted duda de mis explicaciones no dudo que tendrá medios para adquirir un *dossier* muy completo sobre mí.

New York asintió, sacó de nuevo la radio, y efectuó la llamada. En el acto respondió la misma voz de hombre:

—¿Sí? Adelante.

—El señor Holden dice que fue consejero auxiliar político del presidente de los Estados Unidos. Quiero saber si es cierto, y qué más cosas hay sobre él.

—Okay.

—Es todo —cerró y guardó la radio la pelirroja—. Digamos entonces, señor Holden, que usted y el doctor Gannet eran amigos debido a sus respectivos trabajos en la Casa Blanca.

—Yo no diría amigos... Conocidos. Sólo habíamos sostenido conversaciones y relaciones más bien casuales. O quizá estaría mejor decir circunstanciales.

—Sí, entiendo. Sin embargo, el doctor Gannet lo eligió a usted para comunicarle algo importante. ¿Por qué?

—¿Cómo puede usted saber que era importante?

—Debía serlo. Fíjese en que, de acuerdo a la hora en que usted me ha dicho que él lo llamó, podemos deducir que prácticamente el doctor Gannet acababa de llegar a su casa tras la jornada en Washington D. C. Suponiendo que saliera de la Casa Blanca puntualmente a las cinco, o que si no había ido a la Casa Blanca esa tarde, cosa que ya averiguaremos, saliera más o menos a la misma hora de su consultorio en la ciudad, la hora de llegada a su casa debe ser minutos antes de las seis, entre unas cosas y otras. Es decir, que podemos deducir que llegó a su casa e inmediatamente o poco menos lo llamó a usted. ¿Está de acuerdo?

—Podría ser así —encogió los hombros Amos.

—Debió ser así. Y cuando él estaba hablando con usted cortaron la línea telefónica fuera de la casa. Luego, entraron en ésta,

acorrallaron al doctor Gannet, y lo mataron a balazos... ¿A usted no le parece esto revelador de que el doctor Gannet se disponía a decir o hacer algo importante?

—No sé... Supongo que tiene usted razón, pero yo no soy investigador, como usted. —Eso es evidente. Señor Holden: ¿de verdad no pudo el doctor Gannet decirle nada, no tuvo tiempo?

—Ya le he dicho que no.

—¿Y usted no tiene idea de qué podía decirle, o al menos de cuál podía ser el tema de conversación entre ustedes?

—No, ni idea.

—¿Le había llamado el doctor Gannet alguna otra vez con anterioridad a la tarde de ayer?

—Nunca.

—¿Nunca habían intercambiado ustedes sus números telefónicos?

—No, nunca.

—Entonces, él debió buscar el teléfono de usted en el directorio de la ciudad, ¿no es así? ¿O no vive usted en la capital?

—Vivo en la capital, y supongo que eso debió hacer Gannet, sí. O tal vez le pidió mi número a otra persona.

—No —movió la cabeza la pelirroja—. De eso ni hablar. Además, sobre la mesa de su despacho estaba el listín telefónico, precisamente abierto por la H, lo que ahora me resulta comprensible, claro está. ¿Quiere que le dé un buen consejo, señor Holden?

Amos torció el gesto.

—Ya soy mayorcito para consejos, pero tampoco tengo por qué privarla de ese placer. ¿Cuál es el consejo?

—No se separe de mí.

—No comprendo. ¿Qué quiere decir?

—La persona o personas que mataron al doctor Gannet sabían que él estaba telefoneando. Para matarlo es evidente que entraron en la casa. Consecuentemente, no me parece descabellado suponer que vieron el listín telefónico abierto sobre la mesa del despacho. Ello pudo muy bien inducirles a mirarlo, para tratar de enterarse de con quién había empezado a hablar el doctor Gannet. Dando por sentado que de ninguna manera pudieran saber que el doctor Gannet había hablado con determinado Holden de la lista, tal vez sí

llegaran a saber, si llegaron a escuchar la conversación iniciada, que hablaba con UN Holden. Y si deciden investigar a los Holden del listín telefónico, y llegan a saber que uno de ellos había trabajado en la Casa Blanca, no me parecería descabellado que llegaran a identificarlo a usted.

—¿Y qué?

—Quizá ellos no sepan con exactitud qué le dijo el doctor Gannet, y si eliminaron a éste para que no dijera tal o cual cosa podrían decidir matarle también a usted para eliminar el riesgo de que usted informara a alguien lo que pudo haberle dicho el doctor Gannet.

—Ya le he dicho que no pudo decirme nada —se irritó Amos.

—Yo lo sé, pero no el asesino o asesinos. Claro que, suponiendo que lo localicen más pronto o más tarde, podrían pensar que ya no vale la pena matarlo, pues si usted recibió algún mensaje ya ha debido pasarlo, pero..., con esa clase de gente uno nunca puede tener la certeza de que va a reaccionar de un modo más o menos lógico.

—O sea, que pueden decidir matarme, de todos modos.

—Es una posibilidad que no deberíamos rechazar.

—Bueno, tampoco soy un cobarde o un inútil, ¿sabe? Por supuesto que no debo estar tan bien preparado como usted, pero puedo darle un disgusto a más de uno.

—¿De veras? —La pelirroja soltó una carcajada—. Bien, tal vez sea así señor Holden, pero me permito recomendarle que evite encontrarse en una situación digamos..., verdaderamente comprometida.

—¿Qué sugiere usted?

—Ya se lo he dicho: que no se separe de mí. —¿Incluso de noche?— alzó las cejas Amos.

—Se puede compartir una vivienda sin necesidad de compartir una cama —casi volvió a reír New York.

—Ya me parecía demasiada suerte...

—Lo mejor será que alquilemos un *bungalow* en cualquier motel, y se instale allí. Naturalmente sin decirle absolutamente a nadie dónde está, y espero que comprenda esto.

—Si, lo comprendo —masculló Amos, reflexivo—. Bien, personalmente no me hace gracia la idea de esconderme, debo

decírselo.

—Lo comprendo. Pero mire usted, nosotros ya tenemos suficientes complicaciones y preocupaciones sin usted, así que no quisiéramos distraernos por cuestiones que pueden ser evitadas. Esto significa que si la CIA sabe que usted está a salvo tendrá una preocupación menos, podremos seguir trabajando a nuestro aire..., y tal vez, tranquilo y relajado en un motel agradable, usted pueda llegar a recordar alguna cosita que dijera el doctor Gannet, algo insignificante aparentemente, pero que, recordado con calma, pudiera sugerirle algo a usted... ¿Me comprende?

—Desde luego —sonrió irónicamente Amos—: usted está convencida de que el doctor Gannet me dijo algo, pero que yo no quiero decirlo a mi vez.

—No, no, por favor. Lo que digo es que si él dijo algo usted ha podido olvidarlo..., y recordarlo de pronto. Si usted estaba tan ocupado quizá no registró conscientemente las palabras de Gannet, pero sí quedaron grabadas en su subconsciente..., y de ahí pueden brotar en cualquier momento.

—Ya. Ya, ya. Está bien, no quiero discutir con la CIA. Iré a mi apartamento a recoger algunas cosas y...

—De ninguna manera —se sobresaltó la señorita New York—. ¡Deje que seamos nosotros quienes nos encarguemos de eso! Todo lo que tiene que hacer usted es entregarme la llave de su apartamento. Yo subiré, recogeré lo que usted me indique, y me reuniré de nuevo con usted en algún sitio protegido donde me estará esperando para trasladarnos a un motel. ¿Le parece bien?

—O sea —gruñó Amos— que usted quiere registrar mi apartamento.

—¡Qué desconfiado es usted, señor Holden! —rió New York—. ¿Acaso la CIA no le merece garantía de honorabilidad?

—Mierda —dijo clara y contundentemente Amos Holden.

CAPÍTULO III

Debían ser poco más de las seis de la tarde cuando la pelirroja New York detenía su coche relativamente cerca del edificio sito en la M Street, cerca de St. Matthews Cathedral. En dicho edificio, en el sexto piso y apartamento 604, vivía Amos Holden.

Provista del llavín, New York se hallaba, tres minutos más tarde, ante la puerta de dicho apartamento, que abrió sin problema alguno. Cerró la puerta tras ella, encendió la luz, y tras un breve vistazo al reducido vestíbulo se adentró por el pasillo.

En dos minutos había recorrido el apartamento, sin encontrar nada que a primera vista mereciese su atención, salvo una cosa: la cama grande de uno de los dormitorios estaba deshecha, cosa que decía muy poco en favor de la pulcritud y sentido del orden del señor Holden. No sólo deshecha, sino revuelta de tal manera que la idea tuvo que pasar por la mente de la señorita New York.

Se acercó a la cama, se inclinó sobre ella, y estuvo unos segundos olfateándola. Terminó por sonreír irónicamente, y acto seguido entró de nuevo en el cuarto de baño, cuyas toallas también olfateó. Luego se dedicó a registrar sistemáticamente, pero sin perder demasiado tiempo, el armario..., hasta que sonó la llamada a la puerta del apartamento.

La señorita New York se irguió, estuvo escuchando un instante, como si fuese capaz de oír qué o quién había a esa distancia y tras una puerta, y acto seguido, tras sacar la pistola de su bolso fue a la puerta y echó una mirada por la mirilla gran angular. Una rubia.

Una alta, preciosa, joven muchacha rubia con expresión impaciente..., que cristalizó en otra llamada al timbre.

New York se subió la falda, colocó la pequeña pistola dentro de la braguita, dejó caer la falda y abrió. Ante ella, la rubia, que había

comenzado a sonreír al ver que por fin le abrían la puerta se quedó un instante atónita, y acto seguido frunció el ceño.

—¿Sí? —inquirió amablemente New York.

La rubia echó un velocísimo vistazo al número de la puerta, parpadeó, y en seguida dijo, con tono agresivo:

—¿Qué hace usted aquí?

—¿Yo? —sonrió New York—. He venido a visitar a Amos. Soy prima suya. ¿Y usted quién es?

—¿Su prima? ¡No me lo creo!

—A su gusto. ¿No quiere pasar, señorita...?

—No, no quiero pasar. Dígale a Amos que es un cerdo, y que me olvide para siempre jamás.

—Se lo diré, aunque no estoy de acuerdo con usted en eso de cerdo.

—¡Ya lo creo que lo es! —Enrojeció la rubia—. ¡Ya lo creo que es un asqueroso cerdo! —Se lo diré. Pero si no me dice quién es usted no podré decirle quién tiene tan sucia opinión de él.

—Mi opinión no es sucia... ¡El sucio es él!

—Eso quería decir. Seguramente Amos no tardará en regresar. ¿No quiere esperarlo y se convencerá de que usted se ha precipitado en sus juicios?

—¡Díglele que se vaya al infierno!

—Al infierno —asintió New York—. Pero insisto: ¿quién lo envía al infierno?

—El ya sabe.

—El sí, pero yo no.

—Pues dígale que ha estado aquí Florrie, y él comprenderá. —Florrie. De acuerdo. Florrie... ¿qué más? Váyase usted también al infierno.

La rubísima muchacha dio la vuelta, y se alejó por el pasillo, moviendo espectacularmente las caderas. Tenía un tipo sensacional. Difícilmente se podía ser más bonita..., aunque New York lo era más, sin duda. Tal vez menos explosiva, pero más bonita.

La rubia Florrie no tomó el ascensor, sino que se lanzó airadamente escaleras arriba. Al poco, el finísimo oído de New York oía el taconeó de la rubia por encima de ella. Oyó el fuerte portazo. Luego, de nuevo el taconeó sobre su propia cabeza. Cerró la puerta, de nuevo entró en el apartamento, y, durante casi quince minutos

más estuvo mirando en todas partes, removiéndolo todo con exquisita habilidad, y haciendo el equipaje de Amos Holden.

El sitio del apartamento al que dedicó sus últimos minutos de concentrada atención fue la sala, el teléfono de la cual desmontó, observando las piezas que integraban su funcionamiento. Buscó por las paredes, dentro de un jarrón, en la lámpara casi pegada al techo, miró varios libros, se fijó en los nombres de algunas revistas...

Finalmente, tras mover negativamente la cabeza, recogió su bolso, metió dentro la pistola tras retirarla de la bragueta, y abandonó el apartamento, cargando con la maleta de Holden.

Otros tres minutos más tarde estaba en su coche. Del bolso sacó el paquete de cigarrillos que contenía la pequeña radio, y accionó ésta.

—¿Si? —Sonó la voz masculina.

—Hay una mujer llamada Florrie, que ocupa el apartamento 704, que ha visitado a Holden. Por el perfume que lleva y el perfume que había en la cama es evidente que se acuesta con él. Quiero saber quién es, a qué se dedica, todo eso.

—Bien. —*Ciao*.

Cerró la radio, puso el motor en marcha, y emprendió el regreso a Morgantown, la localidad cercana al Potomac River, junto al cual, en el Chesamotel, había quedado instalado antes Amos Holden.

* * *

—¿Quién es? —preguntó Amos.

—Soy yo, señor Holden.

Éste abrió la puerta de la cabaña, esperó a que entrase la pelirroja, y cerró. Ella fue a dejar la maleta de él sobre el sofá del recibidor-salita y se volvió a mirarlo.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—Claro que no.

—¿Por qué «claro que no»? —Lo miró New York sorprendida—. Podría haberme encontrado, como mínimo, con la novedad de que usted se había marchado.

—Escuche, deje de tratarme como a un imbécil, ¿quiere? —Gruñó Amos—. Sé muy bien que cuando usted se fue dejándome aquí no me quedé solo. Seguro que había llamado por la radio a

alguno de sus compañeros para que se quedase por ahí fuera por si yo decidía largarme.

—Y evidentemente usted no ha querido darme ese disgusto.

—No me gusta hacer el tonto sin necesidad. Además, ¿adónde podría ir?

—Eso usted sabrá. Pero voy a decirle algo que puede o no creer, a su gusto: no había nadie vigilando ahí fuera, señor Holden. Y ello porque, precisamente, yo pensé que usted pensaría que sí había alguien, de modo que no fue necesario poner a nadie: usted mismo se vigiló.

—Muy astuta. Pero... ¿tengo que creérmelo?

—Mire, hay muchas cosas por hacer, y no disponemos de personal para entretenerlo en tonterías, ¿sabe? Creo que le expliqué la situación de probable peligro para usted lo bastante claramente para que sepa a qué atenerse. ¿Cierto?

—De modo que estamos solos aquí —gruñó Amos.

—Y usted ha estado solo todo el tiempo, lo crea o no —asintió ella—... ¿Quién es Florrie?

El rostro de Amos Holden sufrió una sacudida brevísima.

—¿Quién? —preguntó alzando las cejas.

—Florrie. Es una chica alta; rubia, preciosa... Tiene que conocerla, porque vive en el apartamento de encima suyo.

—¡Ah, sí...! ¡La golfa ésa! Ni la recordaba, naturalmente. ¿Por qué me pregunta por ella?

—Porque ella estuvo en el apartamento preguntando por usted.

—¡Ah!, ¿sí? —Se pasmó Amos—. ¿Y qué quería?

—¡Usted sabrá! —rió New York.

—¿Yo? Claro que no. Nunca he tenido con esa muchacha más relación que los saludos normales entre vecinos de edificio. Y ni siquiera hace dos meses que vive en el edificio.

—¿A qué se dedica?

—¿Florrie? ¡No tengo ni idea! ¿De veras estuvo preguntando por mí?

—No es fácil inventarse una cosa así, señor Holden.

—Cierto. Pues no sé... ¡Caramba, no se me ocurre nada! Como no fuese que oyera algo raro en mi apartamento y bajara a ver...

—Podría ser eso —dijo con expresión de niña candorosa la pelirroja llamada New York—. Me pregunto por qué la ha llamado

golfa.

—Bueno, no sé... Me da la impresión de que es una de esas chicas que... ¿Comprende?

—No estoy segura. ¿Una
call-girl

, una prostituta?

—No me sorprendería nada.

—A mí tampoco, porque es muy bonita —rió New York de nuevo—. Lo que quiero decir es que hay muchas chicas bonitas que se dedican a eso.

—Pero no usted.

—¿Entiendo que le parezco bonita?

—Vamos —sonrió de repente el orejudo y atractivo Amos—, ¡usted sabe perfectamente que es preciosa!

—Me pareció que no lo había notado. Bien, vamos a tener un pequeño dilema señor Holden... No es que me disguste pasar la noche con usted, y como hasta unos cuantos días si es necesario, pero sería conveniente que llegáramos a un acuerdo razonable.

—¿Qué acuerdo?

—Usted debería convencerme de que no se marchará de aquí, aunque yo tenga que salir a hacer otras gestiones.

—Lo que significa que si se marcha no dejará algunos compañeros ahí fuera vigilándome. —Yo confío en usted. ¿No podría usted confiar en mí? Le he dicho que estamos solos, que hay demasiado trabajo para distraer personal en vigilancias que podrían resolverse por sí solas. ¿No puede tranquilizarme al respecto? Sólo se trata de que me asegure que, en bien propio, no hará nada diferente a lo que yo le vaya indicando mientras dure esta situación.

Amos Holden titubeó un par de segundos, antes de gruñir.

—Está bien.

—Gracias. He traído algunas provisiones. ¿Qué le parece si cenamos?

—De acuerdo.

—Algo se gana siendo espía —sonrió suavemente New York—: no todo son trabajos rutinarios y relaciones con gente repugnante.

—Ahora va a resultar que le gusto —dijo Amos.

Para su gran pasmo, New York enrojeció. Esto lo dejó tan aturdido que se quedó clavado en la pequeña sala mientras la

pelirroja desaparecía en el único dormitorio. Por fin, soltó un bufido, se sentó, y encendió un cigarrillo. Estaba a la mitad cuando apareció New York, envuelta en una toalla de medio busto a rodillas.

—Podrías preparar lo que he traído para cenar mientras me ducho —dijo con voz queda.

Amos Holden la miró, asintió, y se puso en pie. Agarró la bolsa de comestibles, y entonces se fijó en el bolso de New York, que ella había dejado sobre su maleta. Miró hacia la puerta, se acercó al bolso, y lo abrió cuidadosamente. Allá estaba, la radio, las llaves del coche, dinero... No había ni un solo documento identificatorio; ni siquiera el permiso de conducir. Nada.

Cerró el bolso, cogió de nuevo la bolsa de comestibles y fue a la diminuta cocina, donde dispuso una bandeja con la sobria cena. Oía el agua de la ducha. Recordó el sonrojo de la pelirroja, y se sorprendió realmente de nuevo.

—Chocante —murmuró.

Dejó de oír la ducha. Al poco apareció en la cocina New York, de nuevo envuelta con la toalla, y secándose el cabello con otra más pequeña.

—Me estaba preguntando mientras me duchaba si habrías recordado algo de lo que pudo haberte dicho el doctor Gannet.

—Ya te he dicho varias veces que no me dijo nada. No tuvo tiempo; la comunicación se cortó, como bien sabes.

—No tienes por qué enfadarte. Creo que deberías entender perfectamente que la CIA se esté interesando por qué han matado a uno de los médicos del señor presidente. Si hubiesen matado a mi médico seguro que no habría tanto jaleo y preocupación.

—Supongo que no... Hueles muy bien.

New York lo miró sorprendida.

—No huelo a nada —rechazó—, puesto que no me he puesto perfume alguno, ni sales, ni nada de eso.

—Precisamente por eso me parece que hueles muy bien. Hueles a ti.

La pelirroja desvió la mirada, pareció no saber qué hacer, y se alejó casi corriendo de la cocina. Chocante en verdad.

Poco después, ambos cenaban en la salita, Amos vestido completamente, ella envuelta en una toalla seca. El motel era muy

tranquilo, y había llegado esa hora en que ya no hay circulación: o están todos recogidos en sus domicilios o cabañas, o si han salido tardarán no menos de dos horas en regresar.

New York recogió los restos de la cena, llevó la bandeja a la cocina, y a los pocos segundos se asomó a la sala.

—Buenas noches, Amos —murmuró.

—¿Vas a acostarte ya? ¡Es muy temprano!

—Mañana tengo que madrugar. Seguramente estarás durmiendo cuando me marche. Recuerda que has prometido esperarme aquí..., y sin llamar a nadie.

—De acuerdo.

Ella desapareció. Amos Holden quedó solo, como hundido en aquel denso silencio. Había algo..., extraño, algo que no acababa de asimilar en toda aquella situación. Agarró su maleta, la depositó sobre una mesita baja, y la abrió. New York le había procurado un par de mudas interiores, un pijama, y objetos del cuarto de baño, así como otro traje, calcetines... Se puso el pijama, fue al cuarto de baño, y se limpió los dientes. Le parecía que estaba produciendo un ruido tremendo, tal era el silencio. Le habría gustado oír algo, aunque hubiera sido el deslizarse de las aguas del Potomac, tan cercano.

Finalmente, estuvo dispuesto para dormir. Fue entonces cuando se dio cuenta de que tendría que dormir en el sofá, y que no había en éste ninguna manta. Torció el gesto, apagó la luz, y se tendió, pero a los pocos minutos comprendió que no podría pasar la noche sencillamente echado en el sofá; tendría demasiado frío, pese a la calefacción. Se puso en pie y fue al dormitorio, guiado sólo por la luz del exterior en las ventanas.

—Eh —llamó desde la puerta del dormitorio.

—¿Qué quieres? —Sonó tensa la voz de ella, desde la cama.

—Necesito una manta. ¿Te sobra alguna?

—Hay dos en el armario, si no recuerdo mal.

Amos se acercó al armario, mientras New York encendía la luz del dormitorio. El abrió el armario, vio en efecto dos mantas, y cogió una. Cerró el armario y se volvió hacia la cama. Junto a ésta vio la toalla. New York le miraba fijamente, tapada hasta la barbilla. Amos Holden tuvo una imaginada visión fugaz de un cuerpo que debía estar terso, sólido, suave y fuerte a la vez.

Recordó, también en súbita visión fugaz, el sorprendente sonrojo de la agente de la CIA.

—Claro que —sonrió ceñudamente— pasaría mejor la noche en una cama que en el sofá.

—Sí —susurró ella.

—La lástima es que sólo hay una cama en esta cabaña.

New York no contestó. Lo miraba fijamente. De pronto giró en la cama, estirando el brazo para apagar la luz de la mesita de noche, y al hacer este gesto la ropa con la que se cubría quedó más abajo, dejando visible un hombro precioso, un pecho magnífico, que parecía de oro, rematado por un pezón rosado, casi grande...

La luz se apagó. Amos Holden quedó inmóvil, sin ver absolutamente nada. Tardó unos pocos segundos en comenzar a distinguir algunas formas, gracias al resplandor que llegaba desde la sala de la cabaña; escaso resplandor, pues era el de las luces de los paseos del motel.

New York no se movía. Parecía que ni siquiera respirase. Amos pensó que, en aquel silencio, si ella estuviese respirando la oiría perfectamente. Se acercó a la cama, dejó la manta sobre la toalla, y buscó la ropa de cama, deslizando sus manos por encima del cuerpo de New York. Encontró el embozo, lo apartó, y esperó la reacción. No se produjo en ningún sentido.

Por un instante. Amos Holden apretó los labios. Luego, se quitó rápidamente el pijama y se metió en la cama, ya caliente por el cuerpo de la pelirroja, a la que inmediatamente atrapó entre sus brazos. No encontró resistencia alguna, y sí encontró en cambio inmediatamente la boca de la espía, que parecía fundirse en la suya. Las manos de Amos Holden estaban llenas de palpitante carne femenina. Se estremeció cuando recibió la caricia de ella, y supo que no era necesario esperar, no había preámbulo alguno.

Sin dejar de besar a New York fue girando, ayudado por ella, hasta que la posición fue satisfactoria para ambos. Entonces, lentamente, sintiendo el trémolo de placer de la pelirroja entre sus brazos. Amos la penetró vigorosamente.

* * *

Sintiendo en todo su cuerpo como un lento calambre

insólitamente cálido que le producía el abrazado cuerpo de New York, Amos Holden buscó la boca de la muchacha, le encontró, y sintiendo aquel perfume a nada más que a boca y cuerpo de mujer, se dispuso a penetrar de nuevo a la muchacha pelirroja...

Estaba en camino de ello cuando notó el repentino cambio en la actitud de ella. El espléndido y tibio cuerpo de seda se tensó, la boca femenina se separó de la suya y quedó junto a su oreja derecha.

—¿Has oído? —Oyó Amos apenas el susurro de ella.

—¿Qué? —jadeó, intentando insistir en la penetración.

—Amos, no... Espera. Ha entrado alguien.

Amos Holden estaba tan ofuscado por su excitación sexual que tardó un segundo todavía en terminar de comprender lo que parecía estar ocurriendo...

—Echate a un lado —alentó apenas New York en su oído.

Amos obedeció, de lógica mala gana, y comenzando a pensar que la actitud de ella finalmente se tornaba sospechosa...

Fue entonces cuando, en efecto, oyó el leve ruidito fuera del dormitorio, en la sala. Se tensó en el acto, pero una mano de ella le presionó sobre el vientre. La sintió moverse a su lado. Incluso, ahora, podía verla, como una mancha gris en la negra oscuridad que disolvía apenas la luz procedente de la sala, la de los paseos del motel...

A esa luz, de pronto. Amos Holden vio aparecer la sombra en la puerta del dormitorio. Junto a él, New York se estaba moviendo... De pronto quedó quieta. En el hueco agrisado de la puerta del dormitorio apareció la silueta de otro hombre. Amos recordó, de pronto, que no había visto la pistolita de New York dentro del bolso.

En la puerta, una chispa de luz gris pareció estallar en algo metálico, y, en el instante en que Amos comprendía que se trataba de una pistola, oyó junto a él el suavísimo estampido:

Plop.

En la puerta sonó un gemido ahogado al mismo tiempo que un extraño gorgorito. Allí mismo, de repente, aparecieron varios fogonazos anaranjados, y se oyeron perfectamente los estampidos de los disparos efectuados con silenciador. Amos Holden lanzó un grito cuando oyó, por encima de su cabeza, el siniestro crujir de las

balas, como fortísimos trallazos que terminaban en la pared con tremendos impactos...

Plop, plop, disparó de nuevo New York.

El hombre que estaba disparando lanzó un grito ahogado, dio la vuelta, y desapareció. Se oyeron sus pasos torpes, inciertos..., y justo en ese momento el otro terminaba de caer, produciendo un sordo sonido.

Reaccionando. Amos saltó de la cama, y corrió hacia la puerta del dormitorio, distinguiendo el bulto caído en el suelo. Iba a saltar por encima de él en pos del fugitivo, cuando New York le agarró por una mano, reteniéndolo.

—¡No, Amos! —exclamó—. ¡Yo lo alcanzaré, que estoy armada!

La muchacha pasó junto a él, empujándolo. Afuera, en la sala, se oían los torpes pasos, mezclado con esto un grito de rabia, un «plop» que en ambientes normales apenas debía oírse, pero que allí dentro era como un cañonazo..., y simultáneamente con este «plop», otro «plop» de la pistola de New York.

Un gemido ronco subrayó el combate en la semioscuridad. Amos oyó acto seguido una maldición apenas barbotada, y en seguida otro disparo efectuado por New York. Se repitió el gemido, que acabó en un trémolo.

Luego, el silencio.

Silencio total.

CAPÍTULO IV

Amos Holden tragó saliva, y llamó, quedamente:

—Eh, New...

—Ssst. ¡Cállate!

Amos frunció el ceño, y permaneció en silencio. Al poco, oyó movimiento en la sala. De pronto, se encendió la luz, lo que obligó a Amos a protegerse los ojos con una mano al tiempo que los cerraba, pero sólo por un par de segundos. Los abrió, dio un paso..., y tropezó con el hombre que yacía tendido en el suelo, en el umbral, boca arriba, con la cara profusamente manchada de sangre, los ojos quietos y desorbitados.

—¡No toques nada! —ordenó New York.

Amos volvió a tragar saliva, pasó por encima del hombre, y accedió a la sala. Cerca de la puerta que daba al exterior de la cabaña estaba el otro hombre, tendido de costado y de espaldas a él. Había una mancha roja en la espalda, tiñendo su chaqueta. Cerca de él vio la pistola con silenciador.

Y finalmente, de pie cerca del interruptor de la luz, vio a New York, empuñando su pequeña pistola mortífera. Ella movió el arma hacia el dormitorio, y murmuró:

—Vístete. Tenemos que marcharnos cuanto antes de este lugar.

—¿Marcharnos? Pero si la CIA...

—¿No lo entiendes? Estos dos sujetos debían haber localizado al Holden que les interesaba, después de estar en la casa del doctor Gannet. Posiblemente son los mismos que lo mataron, eso ya nos lo dirá Balística cuando examine sus armas.

—¿Quiere decir... que me estaban esperando a mi y te vieron a ti entrar en mi apartamento, y te siguieron?

—¿Qué otra cosa?

—Pero si tus compañeros de la CIA están por aquí...

—¿Cómo he de decirte que estoy sola contigo, que los demás están trabajando en otras direcciones? —Se impacientó New York, cuyo romanticismo había desaparecido completamente.

—Sí, ahora te creo, pero...

—Amos, tenemos que marchamos —dulcificó un poco la voz New York—, de modo que vístete y recoge todas tus cosas. Todas.

Entraron a la vez los dos en el dormitorio, y mientras Amos recogía su pijama New York agarró al hombre muerto en el umbral por un pie, y tiró de él hasta llevarlo junto al otro, tras lo cual volvió al dormitorio y cogió la manta que Amos había sacado del armario.

—Quizá ellos no hayan venido solos —dijo Amos.

—Ya tendríamos aquí a los otros. Amos, no toques nada, por favor.

New York cubrió a los dos hombres con la manta, y luego procedió a vestirse rápidamente, y acto seguido a recoger todas sus cosas. Amos Holden tenía la sensación de que estaba protagonizando un hecho irreal, que aquello no era cierto. Sin que al parecer New York se diera cuenta recogió una de las pistolas de los asesinos, y se la guardó en la maleta.

—Tú ve a tu coche, y yo al mío. Sígueme de cerca —dijo New York.

—¿Adónde vamos?

—Todavía no lo sé. Pero cuanto antes nos marchemos, mejor. Y te diré por qué: vamos a cederles este terreno a mis compañeros de la CIA, para que monten una trampa en la que quizá caiga alguien con vida. Cabe admitir que alguien se interesará por estos dos hombres, ¿no?

—Ni siquiera sabemos quiénes son...

—Lo sabremos. Vamos, Amos, de prisa.

Salieron del *bungalow* tras apagar todas las luces de éste. Frente a ellos estaban sus coches. Un poco más allá, a la sombra de un par de pinos que casi ocultaban la farola de aquella parte, vieron otro coche estacionado. New York arrancó, y Amos lo hizo detrás.

Cinco minutos más tarde, New York detenía su coche, y antes de apagar todas sus luces hizo unas ráfagas con los faros, interpretándola, Amos apagó el motor de su coche, así como todas

las luces, cerró con llave la portezuela, y fue hacia el coche de New York. Cuando se sentó junto a la espía ésta ya estaba conversando por la radio, explicando lo sucedido a sus compañeros.

Cuando terminó, la voz masculina propuso:

—Podemos perfectamente encargarnos de todo eso, Merle, y pasarte la información sobre esos sujetos en cuanto consigamos algo. Tal vez sea una pista que nos conduzca a algo positivo.

—De acuerdo. Bueno, Amos Holden y yo estamos como niños sin casa, de modo que tendremos que buscar algún sitio donde pasar la noche. Cuando nos hayamos alojado...

—Espera un momento. Un momento nada más, Merle.

—Sí, está bien.

Ella pareció relajarse un poco, y miró entonces a Amos, que la contempla con amable atención.

—Conque Merle —murmuró Amos—. Merle, ¿qué más?

—Olvídalo —rechazó ella—. Sigue llamándome New York. Amos. Es lo mejor para todos.

El asintió, pasó una mano tras la nuca de ella, la atrajo, y la besó suavemente en los labios, susurrando después:

—No se puede decir que esos dos sujetos hayan sido muy oportunos, ¿verdad?

—La cosa podría haber ido mucho peor —casi sonrió ella—. Tú y yo podríamos estar muertos ahora si yo no tuviera el oído tan fino.

—Lo que me pregunto es por qué tenías la pistola bajo la almohada. Francamente, no me parece nada romántico, cariño.

—No, no lo es —rió New York—, pero es eficaz. De todos modos, te diré que es lo que hago siempre que duermo fuera de casa. Hace tiempo que adquirí esa costumbre, y no me he arrepentido nunca... No creas que es la primera vez que me ocurre algo así. En ocasiones, incluso por mi propia voluntad.

—No te comprendo —parpadeó Amos.

—Quiero decir que a veces me he dejado cazar en una trampa precisamente para que apareciesen los cazadores. No sé si me explico.

—¿Crees que yo te he metido en una trampa? —exclamó Amos—. ¡Por todos los demonios, esos tipos casi me vuelan la cabeza! Además, ¿de qué maldita mierda estás hablando? ¡Yo no soy un

espía que...!

—Cálmate —sonrió de lado New York—. Ya sé que las balas pasaron por encima de nuestras cabezas, pero eso pudo ser debido no sólo a mala puntería o mal cálculo por falta de visión, sino a... puras precauciones para no herirte a ti. No sé si te fijaste en que la pared es de madera, de modo que las balas se clavaron en ella. Es decir, que no rebotaron... No había el menor riesgo de que nos hiriesen con rebotes.

—Maldita sea tu estampa —farfulló Amos—. ¡Cómo demonios te atreves a decir semejantes idioteces...!

—Bueno, cálmate. Te he dicho todo esto porque, si te detienes a pensarlo resultara que es mucho menos sorprendente que yo duerma con mi pistola bajo la almohada que la torpeza de esos dos sujetos.

—¡Si esos dos tipos eran unos ineptos que les den...!

—¿Merle? —Sonó la voz en la radio.

—Sí, dime.

—¿Recuerdas el caso Greasom?

—Claro. Fue hace tres años, en el... ¡Ah, ya sé! Lo dices por el chalé, ¿no es eso?

—Sí. Me dicen que está desocupado. La llave está todavía en el sitio donde la escondió el negro llamado Horman. Si no estáis muy lejos de ahí podríais ir a esa casa y quedaron allá hasta que sepamos algo de esos dos tipos y te digamos cómo están las cosas. —De acuerdo. No, no estamos muy lejos... Calculo que podemos llegar allá en menos de una hora. Si dentro de hora y media no te he llamado significa que estamos allá sin novedad digna de mención, y que espero vuestros informes.

—Okay.

—Ciao.

New York cerró la radio, miró a Amos, pareció a punto de decir algo, y se quedó con la boca abierta, mirándolo atentamente a la luz de la luna que parecía adherida al cristal parabrisas como una lámina de celofán.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Por qué me miras así, Amos?

—Te he mentido —dijo de mala gana Amos—: el doctor Gannet sí tuvo tiempo de decirme algo.

La pelirroja ni siquiera parpadeó. El tono de su piel y su cabello

resultaba insólito y hermoso a la luz lunar.

—¿Qué te dijo? —murmuró.

—Me habló de un complot.

—¿Contra qué o contra quién?

—Eso no quiso decírmelo, por teléfono.

—Está bien. ¿Qué es lo que te dijo, entonces? ¿Lo del complot nada más o mencionó algún dato que pueda servirnos?

Amos titubeó. Captó el gesto de impaciencia de New York, y gruñó:

—No confiaba en ti, eso es todo.

—¿No confiabas en mí? —Se asomó ella—. ¿Quieres decir que pensaste que yo no era lo que decía, que no era de la CIA?

—Sí, eso sí, pero... Bueno, es que no me fió de la CIA, precisamente.

—Si, ya... Mierda para la CIA, lo recuerdo muy bien. ¿Y ahora has decidido confiar en nosotros?

—En vosotros, no: en ti.

—Según entiendo no confiarías en decirle nada de esto a ningún otro agente de la CIA.

¿Es eso?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque podría ser que la propia CIA estuviese involucrada en el complot. ¿O tú crees que no?

New York movió la cabeza de un lado a otro.

—De la CIA, querido, yo también me lo creo todo. Bien, veamos, hay un complot en marcha y asesinan a un médico del presidente. Si nos pasamos la noche haciendo cábalas tal vez podamos... ¿No?

Amos dejó de mover negativamente la cabeza, y murmuró:

—Es que tengo algo más que quizá te ahorrase mucho trabajo. Tengo un nombre.

—Un nombre —la espía se pasó la lengua por los labios—. ¿Cuál es ese nombre?

—Sidney Wocking. ¿Lo conoces?

—No... No. ¿Quién es?

—Es uno de los principales consejeros políticos del presidente.

—Ya. Entiendo que ese hombre está involucrado en el complot. ¿Te lo dijo el doctor Gannet?

—Sí. Bueno, lo mencionó.

—Amos, por el amor de Dios: ¿quieres decirme de una vez *todo* lo que te dijo el doctor Gannet? —exclamó New York.

—No será con palabras textuales, pero te lo voy a resumir a mi manera con toda fidelidad. Y no me preguntes luego nada más porque nada más te podré decir. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Te escucho.

—El conjunto de lo que el doctor Gannet me dijo es esto: me había enviado una carta, con cuyo contenido yo comprendería en seguida lo que estaba ocurriendo; no quería decirme nada por teléfono, e insistía en que en la carta se aclaraba todo. Mientras tanto, sobre todo, me advertía que debía tener cuidado, mucho cuidado, y no confiar absolutamente en nadie, especialmente en Sidney Wocking, que está metido en esto, en el complot, hasta el cuello, y que no es el único personaje importante que participa en el complot, un complot... escalofriante.

—¿El dijo escalofriante?

—Sí, lo dijo. Seguro, Merle.

—¿A qué podría llamar Gannet escalofriante?

—¿Cómo demonios voy a saber eso? Ya te he dicho que apenas le había tratado, y nunca en plan personal; no éramos lo que suele llamarse amigos.

—Pero él te llamó a ti para avisarte del complot. Recurramos un poco a nuestra imaginación: ¿a qué llamaríamos nosotros un complot escalofriante?

—No sé. Bueno, se me ocurre que... ¡Es una barbaridad!

—Estamos recurriendo a nuestra imaginación, Amos. Deseo escuchar esa barbaridad.

—Si en el complot se ha mezclado de un modo u otro un médico del presidente tal vez el complot esté relacionado con la salud del presidente.

—Si el doctor Gannet se hubiera complicado en un complot no te lo habría dicho, Amos —sonrió secamente New York.

—De donde se desprende que él no interviene, pero se había enterado de un modo u otro.

—Muy bien. Y te avisó a ti. Tienes que comprender mi escepticismo al respecto: ¿por qué a ti? Ni siquiera erais amigos. ¿Por qué a ti?

—Posiblemente consideró la probabilidad de que yo fuese realmente honrado. Y tal vez. —Amos Holden frunció el ceño— fue eso lo que determinó que hace tiempo se confabularan para expulsarme del equipo de consejeros del señor presidente. ¿Sabías esto?

—Lo habría sabido pronto, pues mis compañeros están investigándote —sonrió ahora más amable la pelirroja—. Pero no me desagradará en absoluto enterarme por ti mismo. ¿Qué ocurrió?

—Cosas que nunca comprendí —el gesto de Amos se nubló—, pero a consecuencia de las cuales fui apartado del equipo. Se me está ocurriendo ahora que quizá estaban ya preparando el complot, sabían que no podrían contar conmigo, y se las arreglaron para apartarme del juego, de tal modo que al ponerse en marcha el complot yo no podría saber nada.

—Pero sí el doctor Gannet, que seguía visitando la Casa Blanca, y que posiblemente sabía que tú eras honrado, como él mismo, y no sabiendo a quién recurrir por temor a que todos a su alrededor estuviesen corrompidos te llamó a ti, de quien sabía que habías sido apartado precisamente por ser honrado. ¿Te parece bien esto?

—Según mi punto de vista tiene lógica —gruñó Amos.

—Sí, lo tiene —murmuró New York—. Volvamos ahora a lo del complot. ¿Cómo explicarías tú que en el complot pudiera intervenir un médico?

—Gannet se negó, evidentemente.

—Sí, pero lo que un médico rechaza otro lo puede aceptar. Es como todo en la vida, Amos: un político será honrado y el otro será corrupto en todas las ocasiones que pueda. El doctor Gannet pudo rechazar tomar parte en el complot, pero otros médicos del presidente pudieron aceptar. Tomando esto en consideración, veamos: ¿qué barbaridad se te ha ocurrido?

—Pienso que posiblemente están tramando asesinar al presidente de modo que parezca una muerte justificable: infarto, embolia, cosas así. Gannet se negó a ello, y por eso fue asesinado.

New York se quedó mirando fijamente a Amos Holden durante unos segundos. Por fin, murmuró:

—Y también han querido asesinarte a ti.

—Sí.

—Bien. Hablemos de la carta que te envió el doctor Gannet. Está

claro que te la envió ayer antes de las seis de la tarde; luego, tú tendrías que haber recibido la carta hoy. ¿La has recibido?

—No lo sé. Sabes perfectamente que no he estado en casa desde que salí esta mañana. Tal vez la carta esté en el buzón.

—Tal vez. Bien, tenemos dos caminos para saber qué está ocurriendo, o al menos para investigarlo más a fondo que hasta ahora. Uno de esos caminos es tu carta. Otro, el consejero Sidney Wocking. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, claro.

—¿No tienes nada más que decirme?

—No.

—¿Estás seguro? ¿No te olvidas nada?

—Claro que no. ¿De qué estás hablando?

Si Amos Holden hubiera sido adivino habría sabido en qué estaba pensando la pelirroja New York: en la hermosa muchacha rubia que, evidentemente, había estado en la cama de Holden y que había visitado el apartamento cuando la espía lo estaba registrando. Pero Amos no era adivino, así que tuvo que aceptar la respuesta de New York:

—Simplemente insisto porque podría ser que estuvieras omitiendo involuntariamente algún detalle. Y digo involuntariamente porque ahora que te has sincerado conmigo no creo que me ocultes nada deliberadamente, ¿no es así?

—Claro que no te oculto nada.

—De acuerdo. —New York desvió la mirada—. Yo soy partidaria de ir a buscar esa carta antes de hacer cualquier otra cosa. Si Gannet la cursó ayer hoy tiene que estar en tu buzón, así que... vamos a por ella.

—Si he sido identificado como el hombre al que Gannet estaba llamando por teléfono cuando lo mataron no creo que se conformen con enviar a dos sujetos a matarme. Enviarán más, hasta terminar conmigo. Y mi apartamento estará vigilado, Merle.

—Sí —frunció el ceño New York—. Los dos estamos identificados, de modo que si nos presentamos allá podemos tener problemas no tan fáciles de resolver como el del motel. Enviaré a uno de mis compañeros a mirar en tu buzón. Y no te preocupes —sonrió irónicamente—, no hace falta que le prestes la llave.

CAPÍTULO V

El hombre apareció por la esquina, se acercó caminando con toda naturalidad al coche, y se metió en la parte de atrás. New York y Amos se volvieron a mirarlo, expectantes. El agente de la CIA sacó de un bolsillo interior varios sobres, y los tendió a Amos, que los pasó rápidamente.

Luego, miró a New York.

—No está.

—Si te lo envió ayer tiene que estar.

—Aquí no está —gruñó Amos, entregándole las cartas—. Son facturas y publicidad, y carta de mi hermana en Los Ángeles.

—Ábrelo todo —exigió New York.

La correspondencia fue abierta. Era todo tal como había dicho Amos, no había truco alguno. El agente de la CIA que ocupaba el asiento de atrás miraba a New York como esperando que ésta sacase palomas y conejos de las mangas. Amos parecía bastante irritado.

—Es decir —dijo de pronto New York—, que sólo nos queda Sidney Wocking.

—Los demás ya deben haberlo localizado, esté donde esté —dijo el agente de la CIA.

—Vaya un problema, localizar a Wocking —masculló Amos.

—Puede serlo, cuando no está en su casa. ¿Acaso usted sabría dónde encontrar en todo momento a ese hombre, señor Holden?

—No... No.

—Nosotros si —sonrió el espía—, pero requiere un mínimo de tiempo y trabajo, ¿sabe?

—Hay que localizarlo cuanto antes —dijo New York—. Quiero saber dónde está y qué está haciendo. Y quiero saber quiénes son los dos sujetos que nos atacaron en el *bungalow*. Y quiero, sobre

todo, saber qué está pasando con el señor presidente.

—Esto último ya será más difícil —movió la cabeza el compañero de New York—: se ha comprobado que nadie tiene acceso al señor presidente. El jefe está haciendo esas comprobaciones personalmente, y nos asegura que nadie puede llegar hasta el presidente de ninguna manera. El cerco está totalmente cerrado.

—Lo están matando —aseguró Amos—. ¡Maldita sea, deben estar envenenándolo, o algo así, y luego dirán que ha muerto de un infarto!

—Supongamos que es así —lo miró atentamente New York—: ¿con qué objeto estarían haciendo eso, Amos?

—No sé... ¡Tendría que pensar en ello detenidamente!

—Pues hazlo. Porque si realmente están matando al señor presidente no creo que lo hagan por puro capricho, tiene que ser por algo importantísimo, tiene que ser... un complot escalofriante.

—¡Lo escalofriante sería estar envenenando al presidente! —saltó Amos.

—Sí, pero quizá todavía resultase más escalofriante saber POR QUÉ lo estarían matando, qué esperarían conseguir con ello. Piensa, Amos. Por lo demás, mientras mis compañeros continúan trabajando en esto creo que ha llegado el momento de que nosotros descansemos. Iremos al chalé del caso Greasom.

—Podríamos ir a mi cabaña. Allí es seguro que estaríamos tranquilos. Y no está muy lejos.

—¿Dónde está?

—Muy cerca de la localidad de Boone, junto a uno de los pequeños afluentes del Magothy River.

—Eso está a unas veinticinco millas —dijo el agente de la CIA.

—Sí, así es —asintió Amos—. Es un lugar al que precisamente he adquirido la costumbre de ir cuando tengo necesidad de pensar detenida y profundamente en algún asunto importante.

—Pero podrían enterarse de que tienes esa cabaña, ¿no?

—Pues... Sí, claro.

—Entonces, iremos al chalé del caso Greasom: no tengo la menor intención de correr riesgos innecesarios, y quiero descansar tranquila. Lo que no quiere decir —miró al agente de la CIA— que rechace cualquier información en el mismo momento en que

dispongamos de ella. ¿Está esto claro?

—Desde luego —sonrió el otro.

Salió del coche, y se alejó.

—De manera que vuestro jefe está intentando acercarse al presidente —murmuró Amos.

—Sí, pero no lo consigue. Está tropezando con un muro de evasivas, inconvenientes y prohibiciones absolutamente increíbles.

—Lo están matando... ¡Te digo que están matando al presidente!

—Tal vez. Pero por ese camino nosotros no podemos hacer nada, hay que dejarle esa parte a mi jefe. Es muy tarde. ¿No estás cansado?

—La verdad es que no lo sé.

—Yo sí —suspiró New York—. De modo que vamos allá.

Desde Washington tardaron apenas treinta minutos en llegar al llamado chalé del caso Greasom, sito cerca de unas montañas bajas en las proximidades de Barnesville, al nordeste de la capital. New York resopló simpáticamente cuando se apeó del coche y recibió de lleno el ramalazo del frío nocturno.

—Cielos —gimió—, ¡y a buen seguro que la calefacción está apagada!

—Quien tiene frío en este tiempo merece tener frío —sonrió Amos.

—Ya sé que dije algo parecido, pero no estábamos junto a estas montañas —refunfuñó ella—. Ve a por tus cosas mientras yo veo cómo están las cosas aquí dentro.

Amos regresó al coche, y alzó el capó. Retiró su maleta, que antes había traspasado desde su coche, y pensó entonces en la pistola con silenciador que se había agenciado. No era un hombre de armas. No al menos del estilo de New York o de los dos sujetos que habían querido matarlos en el motel. Pero llegado el caso sabría muy bien manejar una pistola, vaya que sí. Y todo aquel asunto le estaba poniendo de una mala uva que ya, ya.

La luz de la casa le llegó por detrás. Volvió la cabeza, vio dos ventanas iluminadas, así como la puerta abierta, y tras cerrar el maletero se encaminó hacia la casa cargado con sus cosas.

Encontró a New York en el salón, accionando los mandos de unas placas solares que habían conocido tiempos mejores y más modernos, pero que en pocos minutos podrían caldear el ambiente,

realmente bastante frío dentro de la desocupada casa del caso Greasom.

—Seguramente hay algo para beber —dijo Amos, acercándose al bar que vio adosado a una pared—. ¿Te apetece un trago?

—No.

—¿Te importa que yo beba?

New York expresó claramente sorpresa.

—¿Por qué habría de importarme? —preguntó.

—Se me ha ocurrido que podríamos reanudar nuestras relaciones donde fueron interrumpidas, y quizá no te gustaría besar a un sujeto que apesta a *whisky*.

—No seas exagerado. Una cosa es «oler» a *whisky* y otra cosa es «apestar» a *whisky*. No creo que tú seas de los que «apestan» a *whisky*:

Amos se acercó a la pelirroja, la abrazó, y la besó en un lado del cuello, susurrando acto seguido:

—¿Significa esto que si vamos a seguir con...?

Se irguió sobresaltado al escuchar el sonido tan cerca de él. La pelirroja rió quedamente, y sacó de su escote la pequeña radio de bolsillo, que accionó, mientras Amos se apartaba refunfuñando.

—¿Sí? —inquirió.

—Tenemos tres cosas, Merle. Lo siento.

—No importa. El trabajo se ha de hacer, es así de simple. ¿Cuáles son esas tres cosas? —Referente a los dos tipos que os atacaron en el motel. Sus nombres son Jess Tollman y Harry Burns. Ambos eran ex agentes de la CIA.

New York apretó los labios, estuvo así unos segundos, y por fin murmuró:

—Sí, entendido. ¿Qué más?

—La chica se llama Florrie Denver, hace en efecto un par de meses que llegó al edificio donde vive ahora, y, al parecer, es actriz. Su último lugar de residencia fue Atlantic City, pero no estamos todavía seguros de lo que estuvo haciendo allí presumiblemente, trabajó de actriz, aunque no creo que sea una Bette Davis o una Katherine Hepburn, por ejemplo.

—Entiendo. Pero sí lo interpreto bien no sabéis nada absolutamente concreto sobre ella. —New York parecía tener dificultades para contener la risa que le producía la mueca furiosa

de Amos.

—Seguiremos con ella.

—Está bien. ¿Qué más hay?

—Hemos localizado a Sidney Wocking: sabemos dónde está en estos momentos.

—¿Dónde está?

—En una fiesta.

—En una fiesta —repitió la pelirroja, como si fuese algo increíble—. ¿Qué clase de fiesta?

—Particular. Una fiesta muy importante, en una villa en Arlington. El anfitrión es el senador Walter Shuleberg. Parece que la esposa del senador cumple hoy cuarenta años.

—Hermosa edad. Bueno, supongo que la fiesta debe estar terminando.

—No son ésas las impresiones que tenemos. La cosa está en marcha de verdad.

Amos captó perfectamente el titubeo de New York, que al fin asintió como poniéndose de acuerdo consigo misma, y dijo:

—Iremos a esa fiesta. Hasta luego.

—Hasta luego.

New York cortó la comunicación, se guardó la radio, y se quedó mirando al ceñudo Amos, que masculló:

—¿Valía la pena que os molestarais por Florrie? Además, no estás jugando limpio conmigo, porque si esa rubia te interesaba...

—Tranquilo. No es a mí a quien le interesa la rubia, sino a ti. Te interesa lo suficiente para hacer el amor con ella, cuando menos. Y no me vengas con cuentos ni explicaciones para niños tontos. Amos: sé perfectamente que esa mujer estuvo en tu cama. ¿De acuerdo?

—Bueno, fue... ¡No sé cómo demonios me la encontré en la cama de veras!

—Puedo creerte perfectamente. Esa chica llegó hace un par de meses al edificio donde tú vives, ¿no? Es decir, cuando hacía poco que te habían boicoteado para expulsarte de la Casa Blanca.

—¿Qué estás tratando de decir? —exclamó Amos.

—Por supuesto también podría ser casualidad. Pero quizá no lo sea. Las cartas que se cursan en Washington hoy por la tarde están repartidas mañana por la mañana. Y la carta de Gannet no estaba en tu buzón. ¿Cierto?

Amos se dejó caer en el sofá, lívido.

—No me digas eso —jadeó—. ¡No me digas eso! ¡No me digas que a la rubia la pusieron cerca de mí para vigilarme!

—Yo diría que para bastante más. Ella ha conseguido intimar contigo, y a partir de ahí puede conseguir muchas cosas de ti. ¿Lo entiendes?

—Maldita sea mi estampa... ¡Maldita sea!

—Quizá hasta ahora no te hayan hecho demasiado caso, quizá se hayan limitado a tenerte discretamente controlado a la espera de que todos sus planes se realicen. Pero al haber tenido que matar al doctor Gannet, y sin duda sabiendo que él te llamó ayer por la tarde...

—¡Claro que ella lo sabe! ¡Estaba conmigo cuando Gannet me llamó, y fue ella quien atendió la llamada!

—Y yo me la encontré cuando fui a recoger tus cosas. No me parece descabellado pensar que pudo ser ella quien llamó a sus amigos diciendo que yo estaba en tu apartamento, y que fue entonces cuando ellos llegaron y me siguieron hasta el motel.

—¡Maldita sea! —aulló Amos, casi desorbitados los ojos por la ira—. O sea, que por la mañana, cuando nos separamos, no pudo seguirme, pero al ir tú a mi apartamento recuperaron la pista.

—¿Te parece increíble?

—¡Maldita sea!

—Tranquilízate. Y dime por qué no me hablaste de tu intimidad con esa muchacha.

—Me pareció innecesario. Y pensé... que no te gustaría.

—Ya —la mirada de New York era desconcertante para Amos; entre amable e irónica—. Eres de los que dan importancia al sexo, ¿no?

—¿Tú no se la das?

—Me gustaría poder contestarte que le doy la importancia que tiene, pero eso significaría crearme en posesión de la verdad, y mi engreimiento no llega a tanto. Digamos que no será por cuestiones de sexo por lo que me manipularán a mí, ¿comprendes?

—Creo que sí. ¿Crees que Florrie tiene la carta de Gannet? Ella se enteró de todo, desde luego, así que sólo tenía que esperar la carta, cogerla y marcharse...

—No, no la tiene —negó New York agitando su hermosa

cabellera pelirroja—. Si la hubiera tenido cuando yo fui a tu apartamento no se habría puesto en evidencia de ninguna manera. Si se puso en evidencia fue porque quería saber quién era yo y qué hacía allí, aunque fuese haciendo al papel de gatita celosa.

—Pero... ¡alguien ha de tener la carta de Gannet!

—Tal vez la tenga Correos. Siempre pueden ocurrir cosas inesperadas que den lugar a retrasos en el reparto de la correspondencia. En ese caso, la carta te llegará mañana, no creo que retrase más.

—Entonces tendríamos que estar cerca, para impedir que Florrie se la quede. Si ella está al acecho de la llegada del cartero sería la primera en llegar a los buzones..., y no es nada difícil abrir esos buzones. ¡No podemos permitir que Florrie se salga con la suya!

—Yo me encargaré a su debido tiempo de Florrie —dijo secamente New York—. Ahora tenemos una pieza más importante que atender. Naturalmente, tú no sólo conoces bien a Sidney Wocking, sino que habrás conversado muchas veces con él, habida cuenta de que estabais en el mismo equipo consejero del presidente.

—Si, por supuesto.

—Se me había pasado por la mente la idea de que lo llamasess por teléfono para tenderle una trampa, pero es absurdo: en cuanto lo citaras sabría que lo tenías bajo tu punto de mira, de un modo u otro, y eso no nos conviene. O quizá sí. —New York sonrió levemente, y Amos sintió como un trallazo de frío en la espalda—. Quizá sí nos conviene que el señor Wocking se ponga un poco nervioso. Apuesto a que alguno de mis compañeros tiene tu misma talla, o muy parecida.

—¿Y qué importaría eso? —Se pasmó Amos Holden—. Si no te molesta llevar ropa prestada, mucho.

* * *

—No quiero que te sientas molesto ni que se resienta tu masculinidad —insistió New York—. Las cosas están así y hemos de aceptarlas, Amos. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo.

—Además, éste es mi trabajo, y lo haré mejor que tú, o al menos así se supone y por eso me pagan. De modo que tú haz tu parte tal

como hemos convenido y yo haré la mía. Recuérdalo bien: salo se trata de que lo pongas nervioso, y yo haré el resto.

—Que sí, coño —gruñó Amos.

New York asintió, emitió una sonrisita, y besó a Amos Holden en un lado de la boca.

Éste soltó un gruñido, se apeó del coche, y, ataviado con el esmoquin que le había prestado un agente de la CIA se dirigió hacia la entrada a la quinta del senador Walter Shuleberg, en la zona residencial de Arlington.

Apenas trasponer la entrada, cuyas verjas estaban abiertas de par en par, un hombre apareció de súbito, acercándose a Amos, que no le dio tiempo ni siquiera a interpelarlo.

—El señor Wocking me ha llamado hace rato a casa pidiéndome que acudiera, para sostener una conversación con el senador. ¿Sabe si todavía está el señor Wocking? Es que he tenido una avería y me he retrasado.

—No he visto salir el coche del señor Wocking, señor.

—Menos mal, todavía llego a tiempo. Es tardísimo, ¿eh?

—Sí, lo es. Permítame acompañarlo a la casa, señor, por si...

—No se preocupe, no me perderé.

Amos enfiló el amplio sendero asfaltado hacia la casa, cuyas luces se veían entre la espesa arboleda del magnífico jardín-parque. Cuando llegó a la explanada frente a la casa comprendió que la fiesta todavía estaba en su apogeo, pues había muchos lujosos automóviles estacionados. La temperatura era más grata allí que en Barnesville, y algunos chóferes de los invitados departían fumando y al parecer de muy buen humor. Desde el lado izquierdo de la casa llegaba la música con tanta claridad que, sorprendido, Amos se dirigió hacia allí en lugar de encaminarse hacia la puerta principal.

Pronto alcanzó la amplia terraza en la que había varias personas. Las puertas-ventanas que daban al salón estaban abiertas, y por allí brotaba la música y se veía como un ligero telón de fondo formado por el humo de los cigarrillos y los cigarros. Siempre lo mismo.

Sin empacho alguno, como si fuese el más selecto invitado. Amos Holden subió a la terraza, dirigiendo simpáticas sonrisas a las damas, que lo miraron con evidente agrado. Por supuesto, no tardó en encontrar gente conocida en la fiesta, y entonces si vio Amos

algún que otro ceño fruncido, la sorpresa, el desconcierto. Impávido, fue saludando a los conocidos, y no tardó en agenciarse una copa de champán.

Estaba bebiendo tranquilamente, y escuchando la orquestina mientras observaba a su alrededor, cuando la vio. Se quedó de piedra. ¿Cómo había entrado Merle tan rápidamente? Porque él había entrado por la puerta, con toda desfachatez, pero ella tenía que haber utilizado algún truco o camino no vigilado... La belleza de New York, con sus rojos cabellos y el vestido de noche que le había conseguido la CIA, era resplandeciente, hasta el punto de que hubo por un instante un extraño silencio en el salón cuando la espía apareció. Amos estaba atónito: cierto, sabía que ella era hermosa, pero ahora le parecía... una refulgente estrella inalcanzable.

Ella ni siquiera parecía que le hubiera visto a él, pero Amos comprendió que estaba esperando su gesto, su señal delatando quién de los presentes era Sidney Wocking.

Y de pronto, vio a éste. Ni siquiera parpadeó, no hubo ni una ligera alteración en su pulso. Bebió un sorbito, miró a New York, y luego, como distraído, volvió a mirar a Wocking y se rascó la barbilla. Cuando miró a New York de nuevo ella estaba mirando a Wocking. Perfecto. Ahora él tenía que seguir haciendo de cebo.

Dejó la copa de champán en una bandeja, y salió a la terraza, Se volvió discretamente, y se desconcertó al no ver a Wocking... ¡Ah, sí! Allá estaba, conversando ahora con otro invitado, al que también conocía perfectamente: Luke Haversham, otro de los consejeros del presidente de Estados Unidos. Le pareció que ambos hombres estaban un poco tensos, pero no pudo tener la certeza absoluta, porque Wocking giró y se dirigió hacia la terraza, de modo que Amos se apresuró a apartarse de la línea visual del sujeto, con lo que lógicamente también él dejó de verlo.

Lo vio de nuevo, de pronto, cuando Wocking apareció en la terraza. Se encaminó hacia un pequeño grupo, y se detuvo unos segundos, conversando. Amos Holden, escondido tras una planta gigantesca a un lado de la terraza, miraba a los hombres con los que conversaba ahora Sidney Wocking: otros dos consejeros del presidente.

Amos Holden quedó como desconectado de todo cuanto sucedía a su alrededor. Sus ojos miraban a los tres hombres, pero parecía

que no los veían. Por fin, con un lento parpadeo, volvió a la realidad. Los dos hombres con los que se había detenido a charlar Wocking se dirigían ahora hacia la entrada más cercana al salón... en la cual había otro hombre que también conocía Amos como componente del equipo de consejeros políticos del presidente de Estados Unidos.

Se dio cuenta, de pronto, como regresando de otro mundo, de que Sidney Wocking lo estaba mirando a él. Al cambiar las miradas ambos, Wocking efectuó un parpadeo que parecía una señal, y abandonó la terraza, pero no en dirección al interior de la mansión, sino hacia el jardín. Amos tuvo la sensación de que la música rebotaba en la espalda del consejero, hasta que éste desapareció entre los árboles y arbustos.

La mirada de Wocking sólo podía interpretarse de una manera: quería hablar con Amos. Y quería hacerlo donde nadie los viera ni pudiera oírlos por ningún procedimiento. Las dudas se debatían en la mente de Amos. Esto no era lo convenido con New York. Lo convenido era que él sólo debía inquietar a la pieza, a ver qué hacía.

¿Y qué había hecho? Pues, hablar con unos y con otros con toda naturalidad y luego mirarla a él de modo que no podía ser más expresivo: quería conversar con él, con Amos Holden.

Todavía, antes de tomar una decisión, Amos estuvo mirando a todos lados en busca de la presencia de New York, pero no la vio. Tal vez estaba vigilando o anotando los nombres de todos los que habían conversado con Wocking desde que éste lo viera a él...

Finalmente, con gesto súbitamente decidido, Amos se fue hacia el jardín en pos de Sidney Wocking.

CAPÍTULO VI

Tardó menos de un minuto en encontrarlo, sentado en uno de los bancos que en verano debían recibir la sombra de los altos árboles, de modo que se debía estar allá deliciosamente. Desde la casa, por entre arbustos, llegaba un leve resplandor que le permitía ver los ojos de Wocking.

Amos se sentó a su lado, con gesto un tanto duro.

—¿Qué tal, Wocking? —saludó—. ¿Cómo van las cosas por la Casa?

El otro no contestó. Amos lo miró directamente, frunció el ceño, y masculló:

—Quería decirme algo, ¿no es cierto? Pues aquí me tiene. ¿De qué se trata?

Sidney Wocking persistió en su silencio. Y Amos Holden, que era muy inteligente y culto, pero que desconocía aquella clase de acciones, se tomó a mal la actitud de su ex colega. Para él no tenía sentido que un hombre como Wocking lo citase con la mirada y luego permaneciese en aquella actitud absurda e irritante.

De modo que le puso una mano en el brazo, y lo sacudió ligeramente, diciendo:

—Escuche, Wock...

Lentamente, el cuerpo de Wocking se ladeó hacia el extremo del banco. Amos intentó retenerlo por la manga, pero las yemas de sus dedos resbalaron en la tela del esmoquin, y Sidney Wocking, como si fuese una estatua, continuó cayendo lateralmente, hasta terminar en el suelo, contra el que chocó con blando sonido, como el de un saco lleno de arena.

Amos sintió que se le ponían los pelos de punta, y, por una fracción de segundo, no supo qué hacer, ni siquiera acertó a

moverse. De repente, corrió a arrodillarse junto a Wocking, que yacía de costado, todavía con los ojos abiertos, en forma de sentado, aunque no tan perfecta. Amos lo tocó, y la pierna izquierda del cadáver se distendió, como una masa blanda y muerta; la cabeza giró un poco, el cuerpo siguió este gesto y el peso, y giró quedando casi boca arriba, pero retorcido de un modo grotesco.

—Dios... —jadeó Amos.

Tocó un lado del cuello de Wocking, y, como era de esperar, todavía lo encontró caliente..., pero no encontró latido alguno de vida. Vio la blanca camisa como dando luz propia, y buscó en el pecho alguna herida, pero no la encontró. La idea fue inmediata: lo habían matado por la espalda. Quiso volverlo boca abajo, y fue entonces, al tocar su nuca, cuando notó en su mano la viscosidad de la sangre, tibia y espesa, como chocolate que se estuviese enfriando.

Se quedó minándose la mano brillante de sangre hasta que, de repente, captó el movimiento junto a él. Respingó al ver una persona que se arrodillaba a su lado, pero en seguida oyó la voz de New York, en un susurro:

—Cálmate, soy yo. ¿Está muerto?

—Creo, creo que sí... ¡Por Dios, claro que está muerto!

—No alces la voz. Amos. Tranquilízate.

—Lo... lo han asesinado, le han metido... una bala en la nuca... Wocking estaba muerto, y se puso en pie en seguida, tirando de una manga de Amos.

—Vámonos —dijo.

—¿Marcharnos? ¡Pero...!

—¡No podemos quedarnos aquí! Cuando encuentren el cadáver pueden ocurrir dos cosas. Una, que decidan hacerlo desaparecer de este lugar y arreglar las cosas de manera que el escándalo no salpique a las gentes que hay en esta fiesta; pueden hacerlo así, hay muchas maneras de preparar un montaje de éstos. Dos, que si proceden normalmente y llaman a la policía las cosas se van a complicar mucho en esta casa..., y te aseguro que no tengo la menor intención de quedar atrapada en esa complicación. ¿Lo entiendes?

—Sí, pero...

—¡Vámonos! Sal de la villa, yo te recogeré con el coche.

New York desapareció como por arte de magia, y Amos, tras

reaccionar y aspirar hondamente, se dirigió hacia la casa. Desde allí, ya en la terraza, se encaminó lentamente hacia la explanada, enfilando finalmente el sendero que conducía a las verjas.

Éstas continuaban abiertas, y el mismo hombre apareció, acercándose a Amos.

—Ah, es usted, señor...

—Sí, ya he hablado con el señor Wocking, de modo que le dejo que termine alegremente la fiesta.

—Muy bien, señor. ¿Desea que le llame un taxi?

—No, no... He llamado por teléfono desde casa, y va a pasar a recogerme un amigo.

Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

Salió a la avenida, y comenzó a alejarse con una apariencia que no podía ser más tranquila, incluso encendiendo un cigarrillo. No había caminado ni cien metros cuando el coche se detuvo silenciosamente junto a él, y por un momento vio el rostro de New York tras el cristal del lado derecho, mientras ella le abría la portezuela. Se sentó a su lado, y aulló:

—¡Me cago en la puta!

New York arrancó, lo miró sorprendida, y preguntó:

—¿A qué viene eso? ¿Qué has querido expresar con esa ordinariez?

—¡Esto es una mierda! ¡Estamos rodeados de embusteros y asesinos!

—Tranquilízate, ¿quieras?

—¿Cómo puedes ser tan fría? —vociferó Amos.

—No siempre soy tan fría —recordó ella—. Escucha, han asesinado a un hombre al que evidentemente tú buscabas. Pero no es esto sólo lo que ha ocurrido: ha ocurrido también que has puesto en estado de alarma a otras muchas personas, y esto quizá pueda beneficiarnos.

—¿Beneficiarnos? No entiendo de qué modo... Es cierto que he visto a Wocking hablando con otros consejeros, pero eso no significa forzosamente que esas personas estén tomando parte en el complot...

—Querrás decir que no todas, pero sí alguna. Y esa persona, o alguien a su servicio bien entrenado para resolver problemas, ha

resuelto el que significaba el hecho de que tú te mostrases dispuesto a contactar con Wocking.

—El también estaba dispuesto a hablar conmigo, seguro.

—Posiblemente. Pero también es posible que lo utilizaran para tenderte una trampa.

—¿Una trampa?

—Lo lógico habría sido que Wocking te atrajera al jardín, y que aquí alguien se encargase de ti. Esto es lo que debía creer Wocking que harían, pero sus «amigos» debieron pensarlo de otra manera: en lugar de meterse contigo, que si te habías atrevido a venir aquí debía ser porque estabas bien protegido y respaldado, se encargaron de eliminarlo a él. Si te hubieran matado a ti te aseguro que ahora no estarían tan tranquilos en la fiesta del senador Shuleberg, y eso lo saben ellos, como saben que aunque tú estuvieses muerto nosotros seguiríamos tras de Wocking, lo atraparíamos, y nos diría lo que queremos saber. De modo que tu muerte sólo significaba complicaciones para ellos, y la de Wocking, aunque hasta ahora fuese su amigo y cómplice, era una solución al problema creado por el doctor Gannet.

¿Comprendes?

—Me cago en la puta —jadeó Amos—. ¡Me cago en la puta!

—Si te refieres a la rubia llamada Florrie, te lo consiento —rió New York—, pero no te acostumbres a usar ese lenguaje conmigo: me disgusta profundamente, Amos, de veras.

—¡Todo esto es asqueroso!

—Por supuesto. Asqueroso y criminal. Ya he llamado por la radio a mis compañeros informando de la muerte de Wocking, y ellos vigilarán la villa y la reacción de las personas que hay en ella. Aunque quizá el cadáver no sea descubierto hasta mañana... Mientras tanto, mi jefe está insistiendo en llegar hasta el señor presidente, y está dispuesto a todo para conseguirlo. Sólo una cosa lo retiene en su decisión de reunir doce muchachos y arremeter contra todo el que se oponga a su paso hacia la cámara del presidente: la carta del doctor Gannet dirigida a ti. De modo que si mañana, tras el reparto del correo, tú no tienes esa carta mucho me temo que va a haber jaleo grande en la Casa Blanca.

—Entonces lo mejor será que no me instale en mi apartamento pues si no estoy yo allí quizá Florrie robe la...

—Yo me ocuparé de Florrie, queda tranquilo. Además, la carta no la vas a recibir en tu apartamento.

Amos creyó no haber entendido bien.

—¿Qué? —exclamó.

—¿Sabe alguien que tienes esa cabaña cerca de un riachuelo? La que utilizas para retirarte a reflexionar.

—Pues no sé... Bueno, nunca he hecho un secreto de ello, desde luego. Incluso he hecho comentarios sobre ella y mis aislamientos periódicos... No tendría nada de sorprendente que mucha gente supiera de esa cabaña. Pero de eso a que el doctor Gannet me envíe allá una carta...

—Es perfecto. Es el sitio perfecto para enviar una carta sobre la que se desea adquirir la seguridad de que no será interceptada. Si por cualquier motivo se enteraban de que él te había escrito, todos buscarían la carta precisamente en tu apartamento, en tu buzón del edificio, nunca en la cabaña. Piensa en Florrie, en sus dos amigos... Se han ocupado de ti y de tu apartamento, pero no de tu cabaña. ¡Ellos seguramente ni siquiera conocen la existencia de esa cabaña!

—¿Cómo demonios habrían de conocerla? —Gruñó Amos.

—Pero el doctor Gannet sí la conocía. Y pensó en ella, y te envió la carta allí... De otro modo, ¿por qué correr el riesgo de telefonearte, si lo estaban siguiendo, acorralando? Si te había enviado una carta que iba a llegar por la mañana a tu apartamento no valía la pena ponerse en contacto contigo, pues ello solo serviría para complicarte la vida, como así ha sido: la carta llegaría al día siguiente y nadie sabría que él la había escrito ni tú la habías recibido. Pero él quiso asegurarse de que tú tendrías la carta cuanto antes, y por eso te llamó, para decirte que te había escrito...

—¡Pero debió decirme que me la había enviado a la cabaña, pues de otro modo...! No. No, no, no —mover la cabeza Amos—. Nada de avisarme por teléfono de que me había enviado una carta a la cabaña. Simplemente, yo debía comprender que la había enviado allí cuando esta mañana no la recibiera en mi apartamento... ¡Dios, qué pedazo de adoquín estoy hecho!

—Claro que no —lo miró amablemente New York—. Seguramente habrías llegado a esa conclusión si no hubieras tenido todos estos sobresaltos.

—Tú has tenido tantos sobresaltos como yo y lo has pensado.

—Sí —admitió la pelirroja—, pero yo, amiguito, soy una profesional de los sobresaltos, y unos cuantos más o menos no me alteran demasiado.

—No me gusta que me llames «amiguito» —farfulló Amos.

—¿No? ¿Cómo te gusta que te llame?

—¿Qué te parece «amor mío»... o algo parecido?

—Lo que me parece es que desde aquí nos vamos directos a tu cabaña. Tal vez la carta esté allí... ¿O no reparten la correspondencia del extrarradio de la localidad, sino que tienes que ir a recogerla a la lista de correos?

—Depende —sonrió divertido de pronto Amos Holden.

—Depende, ¿de qué?

—De las circunstancias que concurren en la oficina de Correos de Boone.

—Me parece que va de chiste, pero explícamelo.

—No es propiamente un chiste. Verás, en la oficina de Correos de Boone trabajan el viejo Michael y su nieta Judith, ¿comprendes?

—De momento, no.

—Si quien tiene que repartir el correo ese día es el viejo Mike no tengo la menor probabilidad de que me lleve la correspondencia a la cabaña. La excusa del viejo es que si yo estoy en la cabaña es para descansar, así que él no quiere turbar mi descanso con cartas que podrían traer malas noticias; si, por el contrario, yo estoy esperando correspondencia en Boone, dado que soy joven, fuerte, y tengo coche, me cuesta mucho menos trabajo a mí ir a recoger la carta a la estafeta que a él acercarse con la bicicleta a mi cabaña. ¿Lo comprendes ahora?

—Perfectamente. ¿Cuántos años tiene la nieta de Michael?

—Si no me mintió la última vez que conversamos, diecinueve.

—Ya Eso me hace sospechar que si el día que tú recibes carta le toca repartir la correspondencia a Judith ella sube a la bicicleta sin reparo alguno y se presenta en tu cabaña para entregarte puntualmente y en mano la correspondencia.

—Así es.

—De donde se desprende que tienes mucho éxito con las mujeres.

—Nunca me he quejado de eso, francamente. Aunque eso sí, suelo ser muy selectivo.

—O sea, que la joven Judith es bonita, simpática e inteligente... Más o menos como Florrie Denver.

—A decir verdad, me gusta mucho más Florrie —dijo Amos.

—No eres muy amable, ¿verdad?

—¿Tal vez esperabas que dijera que me gustas más tú?

—Aunque sólo fuese por cortesía es lo que tendrías que haber dicho, señor Holden.

—Si no recuerdo mal tú no le das importancia al sexo.

—No dije eso, ni mucho menos. Se la doy, pero creo que en su justa medida. O lo intento. En cualquier caso, cuando un hombre se acuesta con una mujer lo menos que puede y debe decirle luego o antes es que la considera la más bonita y apetitosa del mundo.

—Es que yo me he acostado con Florrie.

—Olí perfectamente su perfume en tu cama. ¿Qué me dices de la pequeña Judith?

¿También te has acostado con ella?

—Tú eres una espía listísima, ¿no? —sonrió Amos—. Pues adivínalo.

—Yo diría que sí.

—Muy bien.

—¿Lo hiciste o no?

—Francamente, sí. Mira, ella es mayor de edad, y...

—¡Ésta sí que es una buena salida! ¿Debo entender que vas a acostarte con todas las chicas que sean mayores de edad?

—Te aseguro que no me gustan nada los líos con menores.

—¡Estoy segura de que si pudieras te acostarías con menores! Sólo sería necesario que te gustaran. Lo cual parece suceder con todas las mujeres que se ponen a tu alcance.

Incluida yo, naturalmente. No sé si recuerdas que hace siglos hicimos el amor.

—¿Siglos? Ha sido esta misma noche.

—De modo que lo recuerdas... Bien, han pasado tantas cosas que me da la impresión de que ocurrió hace muchísimo tiempo. En cualquier caso, ocurrió, ¿no es cierto?

—Ocurrió —admitió Amos Holden.

—¿Y eso será todo?

—Bueno —mover la cabeza el ex consejero político—, sucede que es mi cabaña también hay solamente una cama. Y a decir

verdad no es amplia..., ¡aunque muy confortable, eso sí!

—Eso ya lo veremos —susurró New York.

* * *

—¿Te parece suficientemente confortable? —se interesó Amos.

—Parece serlo —susurró la pelirroja.

Estaban ambos desnudos, mald cubiertos con una manta. Habían acercado la cama a la chimenea, donde Amos había encendido un delicioso fuego para disipar el frío que habían encontrado al llegar.

Incorporado sobre un codo. Amos Holden contemplaba a la pelirroja, a su vez lo miraba fijamente.

—No tienes que hacerlo si no quieres —murmuró él—. Ha sido una noche terrible, deben ser casi las cuatro de la madrugada, y por fuerza tienes que estar agotada.

—Lo estoy —sonrió ella dulcemente—, pero dormiré mucho mejor si me aseguras que soy la chica que más te gusta... ¡Espera, no digas nada! Simplemente, demuéstremelo..., y luego dormiremos.

Amos Holden asintió. Los dos sentían sobre su piel el calor del estupendo fuego de la chimenea cuando se abrazaron.

Y esta vez nadie vino a interrumpir cuando Amos Holden se adueñó del dócil y vibrante cuerpo de la espía pelirroja.

CAPÍTULO VII

Percibió el aroma del café, despertó, y en seguida se sentó en la somera cama de la cabaña y miró a New York, que estaba preparando el desayuno en la pequeña cocina.

—Se diría que estás muy descansada —dijo Amos.

Ella se volvió y le sonrió.

—Buenos días, señor Holden.

—Buenos días. ¿Hace mucho que estás despierta?

—Unos minutos nada más. Hemos dormido mucho... Al menos, para mí es mucho.

Son casi las nueve de la mañana.

—O sea, que no hemos dormido más que cinco horas. ¿A qué llamas tú dormir poco?

—A no dormir —rió ella—. ¿A qué hora abren la oficina de Correos en Boone?

—No tengo ni la menor idea, pero supongo que a la misma hora que en todos los Estados Unidos. En cualquier caso. —Amos miró su reloj de pulsera— no vale la pena que nos molestemos en ir allá. Entre unas cosas y otras se nos harían no menos de las diez de la mañana, y...

—¿Tan lejos está Boone?

—Está muy cerca —movió la cabeza Amos—, pero tenemos que desayunar, vestimos, y todo eso, así que vale más que nos ahorremos molestias y esperemos. Si Judith no ha venido a las diez y media entonces será cuestión de ir nosotros allá.

—De acuerdo.

—¿Qué pasara si tampoco aquí me llega esa carta?

—Creo que deberíamos volver a Washington para ver si te ha llegado allá.

—Entiendo. Y se me ocurre una idea: ¿qué pasaría si Gannet me hubiese mentido, si no existiera tal carta?

New York contempló atónita a Amos.

—¿Por qué habría de mentirte el doctor Gannet? —se interesó.

—Que yo sepa, por nada. Pero vosotros, los espías, me estáis resultando demasiado retorcidos.

—¡Ésta sí que es buena! —Se encrespó New York—. En primer lugar, el doctor Gannet, hasta donde yo sé, no era ningún espía. Y en segundo lugar, eso de que nos llame retorcidos un consejero político tiene gracia. ¡Muchísima gracia! Amiguito, si nosotros somos...

—Te he dicho que no me llames «amiguito» —gruñó Amos.

—Bueno, te llamaré «amorcito», si te gusta más, pero...

—Claro que me gusta más —sonrió Amos de orejota a orejota.

—Lo celebro. Pero, amorcito, si nosotros somos retorcidos dime tú qué sois y cómo sois los políticos y los consejeros grises de los políticos.

—No me gusta que me llamen «consejero gris» —se mosqueó Amos.

—¿Pues cómo quieres que te definan? Escucha, yo soy una espía de esas que siempre hacen trabajos en la sombra, y puedo llevar a cabo cualquier trabajo, incluso algunos, muy sucios. Y lo admito. Pero la suciedad en la que yo ponga mis pies resulta nieve impoluta si la comparamos con la porquería donde metéis las pezuñas los políticos y los consejeros de los políticos. ¿Está esto bien claro?

—¿Por qué te enfadas tanto?

—No me gusta que se menosprecie o se insulte, de cualquier modo a los espías.

—Está bien, está bien, no he dicho nada... ¡Caray, qué bien huele este desayuno!

—Pues estás a punto de quedarte sin él —refunfuñó New York.

Amos rió se acercó a ella, y le dio un beso en el cuello, que ella no se esforzó demasiado en esquivar, aunque dijo:

—¡Aparta tus belfos de mí!

—¿Belfos? ¿Qué son belfos? —Alzó la mirada con gesto lunático Amos—. ¿Belfos?

—¿Siempre empiezas los días de un modo tan estúpido?

—No. Sé empezarlos mucho mejor, pero tú te habías escapado

ya de la cama.

—¿Es que no sabes pensar en otra cosa?

—En muchas, pero la que más me gusta es ésta —rió él; le dio una palmadita en las nalgas—. Bueno, tranquila, no va a pasar nada. Voy a vestirme, y será mejor que tú hagas lo mismo: si llega Judith y te ve aquí y así va a pensar tales cosas de nosotros que me temo que nunca más me traerá la correspondencia a domicilio.

—Amos Holden —sonrió New York—, en lo tocante a mujeres eres, sin la menor duda, un sinvergüenza..., pero me caes bien. ¡No te acerques a mí!

—Cómo has dicho que...

—He dicho que me caes bien, no que pretendas derribarme en ese catre por el que deben haber desfilado cientos de chicas. De modo que ocúpate de tus cosas no se te ocurra llevar a cabo lo que estás pensando.

—¿Quién demonios os entiende? —farfulló Amos, sonriendo.

Se acercó adonde había dejado su maleta, la abrió, y sacó unas prendas de ropa. Se quedó mirando la pistola con silenciador, movió la cabeza, y luego miró a New York, que seguía atenta al desayuno. Amos abrió la boca, encogió los hombros, dejó la pistola en la maleta, cerró ésta, y quedó pensativo.

—¿Te pones azúcar en el café? —preguntó New York.

—Un poco. Está en la repisa de la izquierda.

—Ah, sí... Yo nunca me pongo azúcar.

Se volvió a mirarlo y le sonrió. Amos Holden miró su reloj de pulsera, titubeó de nuevo. La temperatura era muy grata en la cabaña, pero bastaba echar un vistazo al exterior por una de las pequeñas ventanas para comprender que el tiempo era frío. Un día soleado, pero frío.

Amos volvió a abrir la maleta, sacó la pistola, y la metió en el hueco del respaldo y el asiento de uno de los viejos sillones confortabilísimos de la cabaña, que constaba de una sola pieza que reunía todo, excepto el diminuto cuarto de baño. Era un buen truco lo de esconder una pistola en un sillón, de aquel modo. Lo había visto en el cine y la televisión, y siempre le había parecido fantástico, pero no, no lo era. Al menos en un sillón viejo y desvencijado...

—¿No deberías tener teléfono aquí? —preguntó New York.

—Ni hablar de eso. ¡Claro que no!

—Claro —se volvió a mirarlo ella—. Si tuvieras teléfono nadie tendría necesidad de escribirte, y eso te privaría de recibir las visitas... de trabajo de Judith.

—Me encantan las mujeres celosas —sonrió Amos—, hasta cierto límite, claro.

Ella lo miró de nuevo, y se echó a reír. Era encantadora.

Amos Holden tenía que admitir esto. Absolutamente encantadora.

Procedió a vestirse, y ella, ya terminados los preparativos para el almuerzo, hizo lo mismo.

—¿Qué más cosas sueles hacer aquí, aparte de pensar y el amor? —preguntó New York, cuando ya estaban desayunando.

—Algunas veces pesco. O leo. Sobre todo, leo.

—Ése es un buen ejercicio para los ojos y para la mente —asintió New York—. Aunque hay que saber seleccionar las lecturas.

—Bueno, no leo cosas de gran altura, si te refieres a eso.

—No, no me refiero a eso. Al hablar de seleccionar las lecturas me refiero a saber escoger las que le van bien a cada cual, las que de un modo u otro nos ayuden a desarrollar un poco nuestro lenguaje y nuestra comprensión de las cosas. Por ejemplo, a ti podría gustarte *La Divina Comedia* y a otra persona resultara indigesta y hasta contraproducente, en el sentido de que al no entender los textos decidiera no leer nada nunca más. El mundo habría perdido un lector, y por tanto una posibilidad, por pequeña que fuera, de tener en el futuro quizá otro escritor o un gran pensador, o alguien que a través de lecturas sencillas hubiera podido llegar a interesarse incluso por la Ciencia. ¿Me comprendes?

—¡Fiuuu...! —Silbó cómicamente Amos—. ¡Ya lo creo que te comprendo! Eso es filosofía pura, ¿no?

—Es solamente sentido común.

—Yo también tengo sentido común —dijo Amos.

—No lo dudo —lo miró sorprendida le pelirroja—. ¿Qué has querido decir exactamente?

—He estado pensando en mi posición. Si no han encontrado todavía el cadáver de Sidney Wocking lo encontrarán pronto. Un empleado de la villa del senador sabe que llegué preguntando por él, y luego, muy pronto, me fui. Cabe en lo posible que Wocking

incluso les dijera a algunos compañeros que iba a hablar conmigo. Y ahora está muerto. ¿Qué pasará conmigo si no llega esa carta y no podemos demostrar de ninguna manera que está en marcha un complot contra el presidente de los Estados Unidos?

—No lo sé —murmuró la pelirroja—. En cualquier caso, podrás contar con mi ayuda y con todo lo que yo represento. De todos modos, seamos optimistas y pensemos que esa carta sí va a llegar.

* * *

La carta llegó.

A las diez y treinta y cinco minutos apareció montada en bicicleta una preciosa joven que vestía tejanos, botas de piel vuelta y un grueso jersey muy bien estudiado para que no pudiera ocultar, sino más bien hacer resaltar, las abundancias de sus formas pectorales.

Tras los cristales de una de las pequeñas ventanas New York la vio, y tras fruncir el ceño graciosamente preguntó:

—¿Tú sabes qué hacen los patos? Me refiero a los sonidos que emiten. Por ejemplo, los perros ladran. ¿Qué hacen los patos?

—Parpan —dijo Amos—. ¿A qué viene eso?

—¿Y qué hacen las vacas?

—Mugen.

—Pues dentro de poco vas a escuchar algunos mugidos.

—Vamos. Merle, no seas cruel. Judith no tiene la culpa de estar tan bien desarrollada. —No. Pero todas las cosas deben manifestarse con discreción. Amos, ya hemos perdido demasiado tiempo, las cosas pueden estar complicadísimas en Washington, quizá incluso esté peligrando seriamente la vida del presidente. Quiero decirte con todo esto que no permitas que esa chica se quede aquí mugiendo mucho rato. Despáchala pronto.

—No veo la dificultad —se sorprendió Amos—: si ella te ve no creo que insista mucho en quedarse, ni en conversar conmigo. Apuesto a que se pica como un demonio y me envía al infierno.

—No quiero que me vea.

—Pues no sé dónde piensas esconderte. Bueno, está el cuarto de la ducha, pero...

—Despídela cuanto antes.

—Merle, esa chica es una lapa. Si no te ve tendré que sacarla de aquí a puntapiés, y eso lleva tiempo.

—Está bien, pero no quiero que me vea la cara.

Miró por última vez a la joven y muy sugestiva Judith, que estaba desmontando de la bicicleta delante mismo de la casa, y se acercó a la pequeña cocina, donde simuló estar trajinando, de espaldas a la puerta. Oyó la llamada en ésta...

—¡Buenos días, señor Holden! ¡Tiene usted...!

—Hola, Judith. ¿Qué tal? —sonrió Amos—. Ajá, la carta que estábamos esperando. Has sido muy amable al traerla gracias.

—Ya vine ayer a traerla, pero no estaba usted —la voz de la muchacha sonaba un tanto seca—. Pero como cuando llegan cartas es que usted va a venir, he insistido. —Has sido muy amable, de veras. Te lo agradezco mucho.

—Ya.

—Espero que nos veremos pronto en el pueblo.

—Tal vez.

—Seguro, mujer. Adiós. Recuerdos a tu abuelo.

—Sí, sí. Adiós, señor Holden... ¡Que se divierta!

La puerta se cerró. New York se volvió, y miró a Amos, que tenía un sobre en las manos. La espía se acercó a la ventana, y estuvo unos segundos mirando a Judith alejándose. Asintió, y dedicó su atención a Amos, que no parecía decidido a abrir la carta.

—De modo que aquí la tenemos —murmuró la espía—. ¿Qué esperas para abrirla?

—No hay nombre ni señas de remitente alguno. Tal vez no sea la de Gannet.

—Ábrela y lo sabremos en seguida.

Amos abrió la carta, y sacó de ella dos papeles rectangulares y doblados una sola vez. La primera hoja que desdobló mostró, escritos a mano, una serie de nombres de personas que eran todas ellas bien conocidas por Amos Holden de cuando su permanencia en la Casa Blanca. Había no menos de veinticinco nombres, incluidos los de dos médicos del presidente, los especialistas en cardiología. Al final de esta lista de nombres, el doctor Gannet había añadido esta frase: y todavía hay más, que yo no conozco pero que los aquí reseñados si conocen.

—No entiendo nada —susurró Amos—. ¿Y tú?

—Evidentemente, estos nombres corresponden a personas que deben estar relacionadas con el complot.

—Sí, claro... A ver esta otra hoja.

La desdobló también, y se quedó mirándola sin comprender. Fue la pelirroja quien dijo, al mismo tiempo que él comprendía por fin:

—Es un certificado de defunción fechado hace tres días.

Amos Holden sacudió la cabeza. Ciertamente, aquella hoja de papel era un certificado de defunción firmado por el doctor Sidney Gannet y fechado tres días atrás. En ese certificado, naturalmente, se reseñaba el nombre de la persona cuya muerte había confirmado el doctor Gannet: el nombre era el presidente de los Estados Unidos de América.

—Será mejor que esto me lo quede yo —dijo New York, quitando con suave habilidad las dos hojas de papel a Amos.

Éste se volvió a mirarla, y pareció recibir una sacudida al ver la pequeña pistola silenciosa en la diestra de la espía.

—Lo siento, Amos —dijo ella, sonriendo—. De verdad me resultas simpático, pero el trabajo es el trabajo.

—El presidente está muerto —dijo Amos, como alucinado—. Santo Dios, eso es lo que quería decirme Gannet: el presidente está muerto hace ya tres días. No lo entiendo... ¡No lo entiendo! Si está muerto..., ¿por qué no se ha hecho público? Una cosa así no se le puede ocultar a los medios informativos, al pueblo, a todo el mundo...

—¿Por qué no?

Amos Holden parpadeó. Aspiró hondo, y miró fríamente a la bella y sonriente espía.

—¿Y por qué sí? ¿Por qué hacerlo?

—Mi trabajo es periférico al asunto central, pero naturalmente no tengo más remedio que tener una idea de lo que se está haciendo. En efecto, el presidente falleció hace tres días, pero un grupo de personas decidió ocultar el hecho. Y te diré por qué: porque hoy o mañana el presidente de los Estados Unidos va a firmar el documento mediante el cual le declara la guerra a Cuba.

—Pero... Debes estar loca. ¿Cómo va a firmar ningún documento un hombre que lleva tres días muerto? Espera, no me lo digas... ¿Van a falsificar su firma?

—Exactamente. Se había estado presionando fuertemente al

presidente, por parte de un determinado grupo de señores. —New York agitó la lista de nombres que sostenía en la mano izquierda—, para que declarara la guerra total y abierta a Cuba, a fin de satisfacer determinadas exigencias económicas de ese grupo, y, especialmente, para eliminar de una vez por todas las intervenciones cubanas en las cuestiones centro y sudamericanas. Cuba es un punto fuerte de la América Latina siempre opuesto a los intereses capitalistas de algunos ciudadanos estadounidenses. Así que han decidido invadir Cuba. Sin contemplaciones esta vez. Y nada de una guerrita como la de Granada y otras pequeñeces: simplemente, pase lo que pase, el poderío militar norteamericano va a terminar de una vez por todas con Cuba. Así que, como el señor presidente se oponía, fue... discretamente retirado del mundo de los vivos, y embalsamado para que parezca que su muerte se habría producido dos o tres días después de la invasión de Cuba. Y así, cuando el mundo quiera echarle las culpas a alguien por esa invasión, por ese uso y abuso de la fuerza por parte de los Estados Unidos, el culpable será un hombre que firmó la guerra después de muerto.

—Es decir, que falsificaran su firma... ¡Dios! Lo han asesinado ya, está muerto, está... convertido en una momia a la espera de que utilicen su firma y su nombre para declarar la guerra a Cuba y hacerla papilla... ¡Pero estáis todos locos! ¡Si atacamos a Cuba los rusos no se quedarán quietos!

—Los rusos, amiguito, pueden hacer lo que quieran —dijo fríamente la pelirroja—. Los señores de esta lista no temen las guerras, pues ellos siempre estarán a salvo. Mientras tanto, precisamente cuanto mayor sea el conflicto bélico que han organizado más beneficios económicos obtendrán ellos: desde invadir Cuba a apoderarse de toda Centroamérica de una vez, y, si de paso los rusos quieren recibir una buena lección, pues... ¡que intervengan, y verán lo que es bueno!

—Dios nos asista. —Amos se dejó caer en el sillón, como roto—. ¡Esto puede ser el fin del mundo, Merle!

—No seas exagerado —rió la pelirroja—. Y no me llamo Merle, amiguito. Ya sé que mis compañeros me llamaron así, pero todo era para darle a nuestras relaciones una naturalidad muy humana. En realidad te hemos estado mintiendo en todo momento. Todo cuanto

yo he hecho y dicho ha estado encaminado siempre a tenerte engañado siempre y predispuesto a mi servicio, incluso lo de las muertes de mis compañeros Jess Tollman y Harry Burns, los que nos atacaron en el motel fueron simuladas. Unos cuantos disparos por parte de ellos contra la pared de madera, y unas manchas de salsa de tomate tras mis disparos, fueron suficientes para engañarte a ti, que eres el tonto más tonto de todos los tontos del mundo.

—¿Y qué eres tú? —susurró Amos—. ¿Quién eres tú?

—Una agente de la CIA, que no es la primera vez que sirve intereses ocultos de ésta..., o, mejor dicho, de altos directivos de la CIA que pagan bien mis servicios especiales.

—Es decir, que la CIA también anda mezclada en esto.

—Sólo un sector de la CIA integrado por personas que tuvieron algo que ver con el ridículo desembarco, hace años, en la Bahía de los Cochinos. Gente que nunca han olvidado lo mal que les fue aquella vez y que ahora se van a tomar el desquite. Se acabó Cuba, se acabó Centroamérica libre, y si los rusos quieren llevarse un buen golpe en los morros ¡que se atrevan a meterlo en estos asuntos!

—Ya. ¿Y qué ganarás tú con todo esto?

—Lo mismo de siempre, buenas cantidades de dinero y la alta estima de personas que saben compensar adecuadamente los buenos servicios bien prestados. Yo no soy una chica de escaparate, ¿sabes? Vivo en la sombra, pero... ¡cómo vivo, amiguito, cómo vivo!

—Vives como una asesina al servicio de quien te pague mejor, aunque sean unos criminales mundiales.

—¡A mi no me vengas con pamplinas! —rió Merle.

—Eres una puerca... ¡Y pensar que has estado acusando a Florrie de ser ella quien me estuviera engañando!

—Ya te he dicho que todo ha sido mentira entre nosotros, amiguito. ¡Y has sido tan fácil de manejar...! Lo más divertido han sido los momentos de sexo. Lo he pasado bien, de verdad, incluso en eso. Sabes hacerlo, eres un buen amante. Gracias por todo, amiguito. Espero que Florrie no te eche mucho de menos cuando llame a mis amigos para que procedan con ella.

—¿De qué estás hablando?

—Vamos, vamos, bobito mío... ¿No has comprendido que tenemos a Florrie? ¡No íbamos a dejarla suelta después de que me vio, y además con el riesgo de que si fuese una agente de CIA

sirviendo los auténticos intereses actuales de la misma! De modo que Jess y Harry, los compañeros a los que maté —la pelirroja se echó a reír divertidísima—, la tienen ellos, a la espera de mis últimas instrucciones. Y cuando les diga que tú ya estás listo, y que todo está solucionado se relajarán y... ¿Qué tal lo hace Florrie? ¿Es una buena... satisfactoria de hombres?

—Y luego la mataran.

—¡Pero hombre, naturalmente! Igualito, igualito que yo hago contigo en este momento, amiguito..., mientras tú sigues haciendo el tonto teniendo escondida en tu maleta la pistola de Tollman.

Plop, chascó la pistola de New York, en la firme mano de la pelirroja.

En aquel instante, viendo en los ojos de la espía que ésta iba a disparar por fin. Amos Holden se movió velozmente en el sillón, girando el torso de modo que la bala que iba dirigida a su corazón se clavó en su costado derecho, casi en el límite de las costillas. New York lanzó una exclamación de disgusto, que se convirtió en un grito agudo cuando, girando de nuevo hacia ella. Amos mostró en su mano derecha la imponente automática requisada en el motel.

Vibrando todavía en el aire el grito de New York, y mientras ésta se disponía a disparar de nuevo. Amos Holden terminó de girar, apuntó un brevísimo instante, y disparó, al mismo tiempo que lo hacía otra vez la pelirroja.

Amos sintió el impacto como una mordedura en el borde alto de su hombro izquierdo, pero la fascinación que sintió al observar el resultado de su disparo le impidió prestar atención a su segunda herida: vio, con ojos desorbitados, cómo el pecho de New York, justo sobre el hermoso seno izquierdo, reventaba como en el estallido espectacular de un tomate; tuvo la sensación de que el pecho de Merle se convertía en un pequeño volcán escupiendo lava hirviente, vio cientos de gotas de sangre salpicando a todos lados..., y la vio a ella salir brutalmente despedida hacia atrás, chocar de espaldas contra la cocinita, y caer con violencia al suelo, de bruces, soltando por fin la pistola y aplastándose terriblemente la cara contra el piso. Rebotó como si fuera de goma, giró, y quedó cara al techo, con los ojos desorbitados, el bello rostro retorcido en una fea mueca, el pecho manchado de sangre que brotaba por el tremendo cráter producido por la bala.

Amos dejó caer la cabeza sobre el pecho, y durante un minuto o más permaneció así, inmóvil, inmerso en el total silencio del lugar. Merle ni siquiera le había dado tiempo a decirle que él había sospechado de ella precisamente a partir de la muerte de Sidney Wocking, cuando localizó el pequeño agujero en la nuca. Un agujero tan pequeño que sólo una bala disparada por la pistolita de Merle podía haber hecho. Merle, la asesina. Aunque no se llamaba Merle, ni se llamaba New York...

«No me importa cómo se llame —pensó Amos—. ¡No me importa en absoluto! No me importa nada de ella».

Pero recordó que, en aquel poco tiempo (que por otra parte le había parecido eterno), junto a Merle-New York, había descubierto que sí le importaba Florrie. Florrie Denver. Sonaba bien: Florence Denver.

Se puso en pie, miró a la espía, y murmuró:

—Ya te dije que no me llamases amiguito...

CAPÍTULO VIII

Los tres oyeron la llegada del automóvil, y, mientras en el rostro de Florrie aparecía la alarma, en los de Jess Tollman y Harry apareció la satisfacción que terminaba con la larga espera.

—Apuesto a que ésa es ella —dijo Tollman—, que ya ha liquidado al pimpllo y viene a decimos personalmente que todo ha terminado bien.

—Es decir —rió Burns—, que por fin podremos tirarnos a esta rubia y largarnos de aquí.

—Después de cortarle el cuello, claro —dijo amablemente Tollman—. Voy a echar un vistazo.

Se acercó a la ventana de la sala del llamado chalé de Greasom, y en seguida vio el coche detenido a cierta distancia. A quien no vio fue a la pelirroja Merle, sino a Amos Holden, que salía del coche en aquel momento, dando trompicones...

—Eh, Harry, ven aquí... ¡Algo ha pasado con Merle! ¡Ese que ha llegado es Holden!

Harry Burns corrió a la ventana, y, colocado junto a su amigote, se quedó observando, perplejo y alarmado al tiempo, a Amos Holden, que, en efecto, tras apearse del coche estaba dando unos pasos inciertos.

De pronto, oyeron su voz destemplada:

—¡Eh! —gritó—. ¡Eh, Burns, Tollman! ¡Traigo a Merle, la han herido! ¡Ayudadme a sacarle del coche!

Los dos asesinos cambiaron una rápida mirada de desconcierto, de preocupación.

—¿Cómo sabe ese tipo que estamos aquí? —susurró Tollman.

—Ella se lo habrá dicho. Le habrá dicho que la traiga aquí, si está herida. Además, él ya conoce el sitio, y los han herido quizá

haya venido a...

—Pero... ¿quién los ha herido? ¿Qué ha pasado?

—¡Tollman! —aullaba afuera Amos—. ¡Burns! ¡Malditos sean, Merle se está desangrando, y yo también!

Le vieron dar dos pasos más, caer de rodillas, y acto seguido de bruces, quedando inmóvil. De nuevo se miraron Burns y Tollman. y. como puestos de acuerdo súbitamente, ambos echaron a correr hacia la puerta. Burns se volvió de pronto, y apuntó a la asustadísima Florrie con un dedo.

—Tú muévete de ahí y te vas a enterar de cómo las gastamos, rubita... ¿Me has comprendido?

Ni siquiera esperó la hipotética respuesta de la preciosa rubia. Echó a correr en pos de su compañero, al que alcanzó en la puerta de la casa. Salieron de ésta disparados, y Tollman sacó la pistola, mientras Burns pareció considerarlo innecesario. En pocos segundos llegaron junto a Amos Holden, que estaba haciendo esfuerzos por incorporarse. Su rostro se veía lívido, desencajado. Tollman y Burns ni siquiera necesitaron cerciorarse de que Amos estaba herido, pues no podía ser más evidente. Como no podía ser más auténtica la sangre que empapaba sus ropas.

—¿Qué ha pasado? —exclamó Tollman, dejándose caer de rodillas junto a Amos—. ¿Quién le ha herido?

—Ya les... explicaré... Atiendan a Merle, que está... está malherida... ¿Quién... hay en el chalé?

—Sólo su vecina. Florrie Denver. ¡Ahora nos ocuparemos de usted!

La situación había dado tal cambio con respecto a los planes previstos que Tollman y Burns no terminaban de serenarse. Echaron a correr hacia el coche. Burns llegó el primero, abrió la portezuela de atrás de un tirón..., y se quedó mirando el asiento vacío. Junto a él, Tollman metió la cabeza como pudo, y no menos atónito que su compañero de crímenes y desmanes mil, se quedó mirando el vacío asiento.

—La madre que... —empezó a jadear Tollman.

—Es una trampa —graznó Burns, comenzando ya a volverse rabiosamente hacia el herido Amos.

Recibió el balazo al terminar de volverse. La bala le acertó en el centro del pecho, le convirtió en trizas el chaleco, las costillas y

todo lo que encontró por delante, y quedó alojada entre dos vértebras de la columna, sin haber rozado siquiera el corazón. Pero el impacto de la bala fue tan tremendo, el súbito dolor tan atroz, que se produjo un fallo cardíaco que terminó con la vida Harry Burns.

Mientras tanto, y todo esto a tremenda velocidad. Tollman también se había vuelto, y mientras con la mano derecha sacaba su pistola, con la izquierda empujaba a Burns hacia un lado.

A doce metros de él aproximadamente Amos Holden volvió a disparar.

Le pareció todo como una escena de película violenta en technicolor: vio estallar la frente de Tollman, oyó el crujido del hueso tras el choque de la bala, vio las salpicaduras de sangre, y vio cómo Jess Tollman, empujado por la bala, desaparecía en el interior del coche. Junto a éste, Burns terminó de derrumbarse. Fin.

Silencio.

Un segundo. Cinco segundos. Diez, quince, veinte...

Lentamente. Amos Holden se puso en pie, dando bandazos de un lado a otro, y comenzó a caminar hacia el chalé.

—¡Florrie! —aulló—. ¡Florrie, soy yo, soy Amos...! ¡Sal, Florrie!

Seis pasos más adelante, tropezó más fuertemente, y volvió a caer.

—¡Florriiiiiieee! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Florrie, ven aquí!

Le pareció que pasaba un millón de años hasta que la rubita Florrie apareció, todavía temerosa y desconfiada, en el porche del chalé. Entonces ella lo vio, lanzó un grito, y corrió hacia él, para dejarse caer de rodillas a su lado, gimiendo.

—Oh. Amos, Amos, qué te han hecho, qué...

—Florrie..., Florrie, cállate, no digas nada... Déjame hablar solamente a mí, ¿de acuerdo?

—Sí... Sí, Amos, sí...

—Escucha, yo... he enviado una carta a un amigo, conteniendo... unos documentos que él tiene que llevar al Congreso después de... de hacerlos públicos por la prensa, radio y... y televisión... Ese amigo se llama... se llama Edmund Hawks, y tengo... su dirección en mi... en mi agenda... Lo vas a llamar, pues yo no... no lo he encontrado en casa, y le dirás... le dirás que esté

atento al correo, y que en todo caso venga a verme... al hospital... al hospital al que vas a llevarme ahora... ¿Lo entiendes? Florrie, ¿lo entiendes?

—Sí, Amos, sí... ¡Sí!

—Dile a mi amigo Ed que venga a verme... al hospital... cuanto antes, dile..., dile que si yo muero quiero que él... que él se encargue de informar... al pueblo norteamericano y a... al mundo entero del complot... más escalofriante que... que... —Amos... ¡Amos! ¡Amos. AMOR MIO!

Pero el señor Holden no se dignó contestar ni siquiera a tan estimulante llamada.

ESTE ES EL FINAL

—¡Pom-pom!

—¿Quién es?

—La Muerte.

—¡No estoy! —mintió descaradamente Amos Holden.

Pese a lo cual la puerta de la habitación que ocupaba en el Memorial Hospital de Washington se abrió, y entró Florence Denver, preciosa y rubia como nunca. Verla era una inyección de vida, y talmente pareció que Amos Holden recibiese tal inyección, porque dio un salto en la cama y aulló:

—¡Maldita sea! ¡No puedes presentarte así ante un moribundo!

—Nada de moribundo —rió Florrie, sentándose junto a la cama

—. Acabo de llamar y has dicho que no estabas.

—¡No me gustan tus bromas de la Muerte!

—Espero que te guste algo de mí —murmuró la muchacha.

—¿Qué quieres decir? —se desconcertó el herido.

—Eres el hombre más famoso del mundo, yo tengo mi porvenir asegurado como actriz porque después de la publicidad gratis que he obtenido con este asunto cualquier productor daría un ojo por contratarme, y así las cosas se diría que ninguno de los dos podemos quejarnos de los beneficios que nos ha deparado el complot escalofriante. Pero me pregunto qué vas a hacer cuando salgas de aquí. Amos Holden.

—Sigo sin entenderte.

—Aquellos dos hombres que dijeron que pronto iban a violarme hasta convertirme en papilla aseguraron que tú habías dicho que soy una golfa.

—¡Ah! Oh, bueno... Bu... bueno, o sea...

—Yo no soy una golfa, ¿sabes? Si lo dices porque me metí en tu cama en cuanto pude serás muy injusto. Simplemente, en cuanto te vi me volví loca por ti, y me dije: yo, a este tipo, lo meto en mi cama y en mi corazón y ya nadie lo saca de ahí en toda mi vida... ¿Tú le llamas a eso ser una golfa?

—Pu... pues... pues..., más bien no... No, no. ¡No!

—Y no vayas a creerte que esto lo hago con cualquiera. Entonces sí que sería una golfita. Pero lo hice contigo, con Amos Holden. ¡Cielos, fue mortal el flechazo en cuanto te vi! ¿Qué querías que hiciera? ¿Dejar pasar los años o que fuese otra quien te llevase a la cama?

—Oh, pues... Bueno... No, claro que no... Je, je. Pero escucha, Florrie, no hace falta que digas más cosas en ese sentido. Yo... he estado pensando en el modo de decirte..., de preguntarte si querrás casarte conmigo en cuanto salga de aquí.

—Lo has estado pensando —repitió ella, meditativa—. Bien, ¿y a qué conclusión has llegado, cómo vas a pedirme que me case contigo?

—Acabo de pedírtelo.

—No, señor. Has dicho que has estado pensando en el modo de pedírmelo, pero no me lo has pedido.

—¡Bueno, pues te lo pido ahora! —Se cabreó Amos—. ¿Qué me contestas?

—Me gustaría saber por qué quieres casarte conmigo. Eres un tipo raro, ¿sabes, Amos? A fin de cuentas sólo hemos pasado una noche juntos, y no debes sentirte obligado a nada en absoluto por eso.

—¡No me siento obligado! —comenzó a enfadarse en serio Amos—. ¡A mí no me obliga nadie a casarme, guapita! ¡Me caso porque me da la gana, porque después de aquella noche contigo las cosas comenzaron a parecerme menos importante, y las otras mujeres unas pazguatas!

—¿Incluida Merle?

—¡Ésa sí que era una golfa!

—Amos, ¿deseas casarte conmigo plenamente convencido de que me amas?

—Maldita sea, estoy tan loco por ti que si se enteran me van a

sacar de aquí para meterme en un manicomio. ¿Te vas a casar conmigo o no? Y si no te quieres casar, pues no te cases, que a mí eso me importa un pimiento, pero tienes que jurarme que no te separaras nunca de mí.

—Huy, cuánto pides —chispearon los bellos ojos de la rubita—. Pero bueno, aceptaré todas tus proposiciones si aciertas esta adivinanza: ¿cuál es el colmo de la lujuria?

—¡Dos espermatozoides echando un polvo! —rió Amos Holden.

—No, señor —rechazó Florrie—. Las cosas han cambiado.

—¿De veras? Vaya... Está bien, está bien, lo voy a preguntar. ¿Cuál es el colmo de la lujuria?

—Amos Holden y Florrie Denver echando un polvo... el día de su centésimo aniversario de boda.

—Te amo, Florrie —dijo muy seriamente Amos—. Te amaría aunque fueses la golfa más golfa de todas las golfas.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...